

Voces en movimiento

Relatos sobre el sector de la danza en el marco de la pandemia

Ángela Camila Prada Mora

Proyecto creativo de carácter escrito

Trabajo de grado para optar por el título de Comunicador Social y Periodista

Director:

Mauricio Díaz Calderón

Comunicador social y periodista / Magíster en Estudios Culturales

Universidad de La Sabana

Facultad de Comunicación

Comunicación Social y Periodismo

Bogotá D.C.

2022

En memoria de José Manuel Mora,
quien me inspira a bailar desde el cielo.

Resumen

Para ser bailarín en Colombia hay que estar dispuesto a enfrentar bastantes adversidades: el déficit de empleos, la corrupción dentro de instituciones, la falta de acceso a la formación superior, los pocos estímulos gubernamentales o reconocimientos que se dan a las artes. Lo anterior hace que la danza como profesión no sea rentable y que para muchos solo pueda ser un hobby. Esta situación se hizo más grave durante la pandemia por el COVID-19. Voces en movimiento es un conjunto de 5 entrevistas matizadas de bailarines de varias partes del país que también decidieron ser directores o maestros. Estos relatos tienen como fin mostrar un poco de la situación del gremio durante la pandemia, demostrar la lucha constante que implica dedicarse al gremio artístico y dar visibilidad a algunas historias de resiliencia que se encuentran dentro del mismo.

Palabras clave: Artista, bailarín, danza, derechos, gremio, pandemia, director, oportunidades, economía, rentabilidad, supervivencia, escenarios, presentaciones, festivales, compañías, grupos y baile.

Abstract

To be a dancer in Colombia you have to be determined to face many adversities: employment deficit, corruption within institutions, lack of access to higher education, the few government incentives or recognition given to the arts. This means that dance as a profession is not profitable and for many people it can only be a hobby. This situation became more serious during the pandemic by COVID-19. *Voces en movimiento* is a set of 5 interviews of dancers from various parts of the country who also decided to become directors or teachers. These stories are intended to show a little of the situation of the guild during the pandemic, to demonstrate the constant struggle involved in the artistic guild and to give visibility to some resilience stories that are found within it.

Keywords: Artist, dancer, rights, union, pandemic, director, opportunities, economy, profitability, survival, stages, presentations, festivals, companies, groups and dance.

Tabla de contenido

1	Introducción	7
2	Un médico, bailarín y un poquito provinciano	19
3	El llanero de las mil preguntas	29
4	Una bailarina hecha de milagros.....	43
5	Una vida para enseñar.....	56
6	Un escenario a la vez	81
7	Agradecimientos	95
8	Referencias.....	96

1 Introducción

Mi historia con el arte comenzó antes de nacer, mi abuelo materno era un apasionado músico y compositor que tocaba varios instrumentos gracias al empirismo. Interpretaba pasillos, bambucos, carranga y otros cuantos ritmos. Esas habilidades lo llevaron a participar en la creación del himno del municipio que lo vio nacer: Granada, Cundinamarca. Un lugar pequeño ubicado a las afueras de Bogotá que nos vio crecer a él, a sus tres hijas y a mí.

Uno de sus grandes sueños era tener una nieta y poder enseñarle su pasión por la música y el arte ya que lo había intentado con sus hijas pero al final ellas habían dirigido sus vidas hacia la enseñanza.

El 24 de junio de 1998 su vida terminó en un accidente automovilístico en el que murieron además, dos de sus hermanos. En este accidente quedaron gravemente heridas mi bisabuela, mi abuela y mi madre, quien en ese momento estaba embarazada de mí.

Después del accidente, mi madre estuvo en estado de coma por varios meses y mientras todos preparaban las honras fúnebres para mi abuelo y sus hermanos, ella y yo nos debatíamos entre la vida y la muerte.

A pesar de la gravedad de sus heridas mi madre logró despertar y traerme al mundo. Eso sin duda marcó su vida y la de toda mi familia para siempre. A pesar de ese terrible suceso, crecí con el mejor recuerdo de mi abuelo y con la idea de que nos conectaba el amor por la música y la danza folclórica.

A los siete u ocho años lo vi en un sueño y él me dijo que me acompañaba todos los días y que se sentía muy orgulloso de verme bailar la música que a él lo hacía feliz. Desde ese momento decidí empezar a bailar en todas las celebraciones

y eventos del colegio, hice presentaciones de poemas, música, teatro y canciones que preparábamos para fechas especiales.

Empecé a bailar danza folclórica en una fundación llamada Arte y folclor, allí estuve aprendiendo hasta el año 2014. Era un grupo pequeño y nuevo pero con el tiempo comenzamos a recibir invitaciones a ferias o eventos en otros pueblos cercanos como Sibaté, Silvania, Soacha, etc.

Años más tarde logré ingresar a una compañía de danza folclórica en el municipio de Fusagasugá, lugar en el que continuó mi formación. En ese momento ya conocía diferentes maestros de danza, bailarines y personas que hacen parte del gremio y había escuchado diferentes historias sobre sus vidas.

Las conclusiones de las historias no eran muy alentadoras: “Esto se hace por amor al arte, no hay forma de que uno se dedique a la danza por plata”, “Yo sabía que quería dedicarme a la danza por completo, pero tuve que estudiar otra cosa para poder comer”, “La danza es mi pasión más grande, pero a veces tengo miedo de no poder darle de comer a mi hija”. Estas experiencias que escuché en varias ocasiones rondaban en mi cabeza.

En efecto quería dedicar mi vida a esta práctica, pero debía pensar en mi futuro y en la estabilidad económica que quería para mí y mi familia. Fue así como encontré la manera de unir mi pasión por la danza y la escritura, estudiando Comunicación Social y Periodismo.

En el año 2016 empecé a estudiar en la universidad pero sin dejar de bailar, estaba enfocada en usar lo que aprendiera para mostrar la grave situación de los bailarines y maestros desde hace tiempo. Quería contar historias de danza de todas las regiones de Colombia y que las personas pudieran conocer esta situación.

Durante mi carrera practiqué danza folclórica como base, en la ciudad de Fusagasugá. Pude realizar talleres de danza contemporánea, salsa, marinera y otras danzas internacionales. Cada vez me sentía más segura de la profesión que había elegido porque la situación económica del gremio no parecía mejorar.

Durante los años siguientes tuve la oportunidad de participar y organizar junto a mi grupo varios eventos como festivales, concursos, ferias, comparsas, etc. Así aprendí aún más sobre la situación del gremio de la danza en el país y las necesidades tan grandes por las que debían pasar las personas que hacían parte de él.

En abril de 2018 organizamos el primer Festival internacional de danza en el que pude participar. El proceso fue bastante difícil, tuvimos que acudir a entidades como la Alcaldía y la Secretaría de Cultura pero no fue posible conseguir apoyo, así que debimos recorrer toda la ciudad buscando patrocinio con locales, comerciantes y empresas. Aceptamos dinero, comida, elementos de papelería o aseo y personas que quisieran donar su tiempo para apoyar la logística del festival.

Al final, conseguimos un lugar para poder hospedar a las delegaciones de todos los países (Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, México, Paraguay y Perú) y tuvimos que pasar los días del festival organizando el transporte de las delegaciones, la preparación de los alimentos tres veces al día, el hospedaje y aseo del alojamiento, sin olvidar que debíamos ensayar, maquillarnos y preparar nuestros trajes para salir a escena al mismo tiempo que todas las demás delegaciones.

Conversando con los asistentes del evento lograba ver el poco apoyo al artista que hay en Colombia en comparación con países como México o Paraguay. La falta de recursos para apoyar los eventos y su visibilidad dejan ver el desinterés

de las instituciones por la cultura no solo en Fusagasugá sino en todo el territorio colombiano.

Más adelante, a finales del año 2019 nos encontrábamos planeando el viaje para participar en la siguiente versión de este Festival Latinoamericano de Danza que se realizaría en la ciudad de Loja en Ecuador. Hasta que llegó el momento de enfrentar algo que cambiaría todos los planes: la pandemia.

Pasaron más de 4 meses sin poder bailar ya que no teníamos la posibilidad de encontrarnos y algo que parecía pasajero se convirtió en una incertidumbre constante porque no sabíamos si sería posible volver a ensayar juntos.

Empezamos a realizar encuentros virtuales pero no era lo mismo, ni siquiera parecido, así comenzaron a ser visibles los casos de directores y bailarines que decidieron cerrar sus academias y acabar con sus procesos porque tenían una situación económica bastante difícil, incluso algunos debían vender rifas para poder comprar comida.

Esto no era un caso aislado o un fenómeno que se daba solo a mi alrededor. Muchos artistas que había conocido en otros lugares pasaban por situaciones similares, no tenían ningún apoyo económico para comer o vestirse, no tenían servicios médicos porque los habían despedido de sus trabajos como docentes porque no eran esenciales y con el pasar del tiempo varios terminaron sin casa, sin trabajo e incluso algunos pidiendo comida regalada.

Había pocos lugares en los que se habían tomado medidas de mitigación y las personas necesitaban apoyo gubernamental por lo que algunas alcaldías o instituciones realizaron censos y conteos de artistas con el fin de determinar algunos planes de ayuda.

Atendiendo al estado de emergencia estipulado por el Gobierno Nacional por propagación del coronavirus COVID-19, el Ministerio de Cultura dispuso, a través del Decreto 475 de 2020, medidas especiales para la mitigación del impacto de la pandemia en el sector cultural, por lo que la Alcaldía Distrital realiza un censo de artistas y gestores de la ciudad que permitirá tener un panorama de prioridades a nivel nacional. (Alcaldía Distrital de Santa Marta, 2020)

La situación cada vez se hacía más difícil porque se sumaban días y semanas al encierro; se cancelaron todos los festivales, ferias, reinados y eventos que daban vida a todo un gremio y las pocas ayudas que brindaba el Ministerio de Cultura no eran ni suficientes ni adecuadas para la cantidad de familias que viven de hacer danza.

Fue así como decidí recopilar información y testimonios relacionados con la complicada situación del gremio en el marco de la pandemia, cómo el COVID-19 afectó positiva o negativamente las vidas de estas personas, el apoyo gubernamental que recibieron durante el año 2020 y también mostrar las historias de resiliencia de artistas que de diferentes maneras lograron sobrevivir.

Existen varias fuentes en las que pude encontrar información, organizaciones o instituciones que se dedican a preservar información y brindan recursos relacionados con la cultura y la danza: “La Comisión Nacional de Folclor, creada en 1942, dentro del marco de la llamada República Liberal, con el interés de fomentar la salvaguardia de los saberes tradicionales de la población colombiana”. (Morales, (s.f.))

Otra de las entidades existentes en el país y que desarrolla funciones a favor de la danza es el Consejo Nacional de Danza “una instancia designada para asesorar al Ministerio de Cultura en el desarrollo de políticas, planes y programas en

el área de la danza. Hace parte de los Consejos Nacionales de Áreas Artísticas, creados por la Ley General de Cultura de 1997” (Pogrebinschi, Thamy., 2017)

En la ciudad de Bogotá, de igual manera, la Gerencia de Danza del Idartes es la encargada de gestionar los programas y proyectos que fomenten la danza en Bogotá y su apropiación por parte de la ciudadanía. (Instituto Distrital de las Artes - Idartes, (s.f.))

Esta información y la suma de todas mis experiencias dentro del gremio me llevó a cuestionar cómo todas estas personas siguen dedicando sus vidas a ese arte en esas condiciones, qué las motiva a dedicarse a algo que casi nunca puede brindarles estabilidad, llegando a límites en los que no se vive de la danza, sino que se sobrevive a ella.

Entrevista: Observar una historia con otros ojos

La entrevista es la base fundamental para la construcción del periodismo y funciona como herramienta para que el periodista llegue a la información, y como género periodístico, que es la forma de indagar profundamente en cuanto a un tema con un personaje que esté relacionado. La entrevista es el resultado de una relación dialéctica entre entrevistado y entrevistador, que genera nuevas respuestas e interrogantes a propósito de algo, es decir, que genera conocimiento. (Cantavella, 1996). Estas narraciones se basan en la investigación de vivencias, anécdotas, problemas y contextos personales de varios personajes que hacen parte del gremio de la danza en varias partes del territorio colombiano.

A través de este género es posible establecer una relación comunicativa con alguien más, saber de sus ideas y pensamientos indagando profundamente en una historia de interés. “Es la entrevista una forma de comunicarnos y de conocer,

cuestionar; acercarnos a la realidad que se busca a través de distintos métodos que nos llevan al desarrollo de actividades, actitudes y a la planeación de lo que concebimos como progreso”. (Ochoa, 2011)

“El acto de compartir un mensaje con un código común entre el emisor y el receptor, obteniendo la retroalimentación que conforma el proceso de comunicación es quizá la fundamentación para que la entrevista exista como tal”. (Ochoa, 2011)

Al escuchar de otra persona la recreación de la historia de algo o alguien se encuentran nuevos matices, formas de ver los hechos y opiniones que permiten construir un relato lleno de nuevos elementos para contar.

Para poder obtener información de los personajes de cada historia fue necesario recrear con ellos momentos de su vida, recuerdos y vivencias que permitieron un acercamiento a la realidad de su cotidianidad, siendo las preguntas de cada una de las entrevistas la mejor herramienta para conseguirla. “Diversos profesionales dedicados al estudio del comportamiento humano, basan su trabajo de investigación en la entrevista, como la forma más idónea para obtener la información de parte de los protagonistas del tema motivo de estudio. Es a través de ella que se logra conocer lo que piensan los demás, lo que se ha realizado o la forma en que se visualizan ciertos aspectos humanos”. (Ochoa, 2011)

Al recopilar los datos de varios encuentros es posible imaginar la forma en la que se desea escribir, las ideas que se acomodan a la persona, el estilo y la forma que esta llevará con el objetivo de generar interés al lector en un fenómeno o hecho que uno considera relevante. Todo este conjunto de conceptos nos permitirá recrear o dibujar la historia que cuenta el protagonista. “La entrevista es un género del periodismo informativo que refleja las respuestas de un personaje, cuyas opiniones,

debido a su relevancia social, al cargo que ocupa, o a su implicación en hechos de la actualidad informativa, son de interés general”. (Mesa, 2003)

Por esta razón es importante seleccionar correctamente la historia que se quiere contar y los personajes que puedan contarla o aportar a su desarrollo. Luego de esto viene un momento de planeación y evaluación en el que es necesario organizar lo que se quiere preguntar.

“La entrevista tiene tres momentos: la preparación del trabajo, la entrevista propiamente dicha, y la transcripción del texto. El primero es muy importante, y aunque en el periodismo se trabaja normalmente con urgencia, una buena preparación con datos sobre el personaje es imprescindible. Ésta es la fase en la que se determina si va a tener éxito el trabajo” (Mesa, 2003). Indagar la información disponible del entrevistado e intentar conocerlo desde la distancia puede lograrse a través de herramientas como redes sociales, artículos, noticias, videos de YouTube u otros recursos disponibles que permitan organizar una idea previa al encuentro.

Cabe resaltar que aunque estos elementos son de gran ayuda, no son una camisa de fuerza ni un orden único y absoluto, porque este género brinda la posibilidad de usar la subjetividad del escritor, un estilo propio que plasma algo de uno mismo en cada nueva pregunta, enfocando la entrevista a lo que el periodista considere relevante, profundizando en anécdotas que contribuyan al tema principal.

Dentro de este diálogo es posible ir más allá de las palabras, es importante también dar valor al lenguaje no verbal, a las acciones y los tonos utilizados dentro de la entrevista, así como a los recuerdos de quien habla para así no limitarlo a un conjunto de palabras sino darle la cantidad de tonalidades, características y detalles que caracterizan a una persona.

“Parece que las acciones del sujeto juegan un papel fundamental entre los contenidos citados: lo que el sujeto dice, lo que el sujeto hace, y especialmente las anécdotas y los ejemplos”. (Rosendo, 1997)

En una entrevista logramos ver un hecho o un contexto desde la mirada de alguien más, los detalles que significan algo para alguien y que nos permiten obtener información para luego redirigir o ahondar en determinadas ideas dentro de sus respuestas, construyendo a partir de nuestra curiosidad.

Esta será la encargada de orientar cada avance de la planeación y ejecución de las entrevistas ya que si se eligió ese tema o ese personaje es porque genera alguna incertidumbre o cumple con ciertos requisitos considerados de interés.

“Algunas razones para elegir al entrevistado son: porque es un personaje famoso, es un personaje curioso, es muy representativo de algo, es clave en una circunstancia, está ligado a una noticia, es portador de un saber muy valioso, por el valor de sus ideas. En este punto se juegan muchas de las chances de que la entrevista resulte un éxito o no. En la buena elección del entrevistado y en la inteligencia del plan de la entrevista.” (Halperín, 1995)

Cuando se tiene un plan establecido se puede realizar la investigación previa y luego formular los cuestionarios que guiarán las entrevistas. “Disponer de abundante documentación, y hablar con personas próximas al entrevistado puede ser el secreto para un buen resultado. Con este material se confecciona un cuestionario, que será una herramienta útil, aunque no debe ser considerado como un documento fijo, ya que durante la conversación pueden surgir nuevos asuntos de interés que no estaban previstos”. (Mesa, 2003)

Es necesario que las preguntas abarquen desde varios ángulos el tema de interés y que sean formuladas de forma estratégica para conseguir todos los datos

deseados. Para esto es posible utilizar preguntas abiertas o cerradas. “Las abiertas son aquellas en las que el entrevistado tiene la posibilidad de responder como considere oportuno, mientras que las preguntas cerradas sólo admiten un monosílabo, aunque puede estar acompañado por una explicación”. (Mesa, 2003)

Al terminar las entrevistas se realiza un trabajo de transcripción de toda la información recolectada, este proceso aunque complejo permite encontrar anécdotas y líneas de escritura que tal vez antes no se habían contemplado, deja ver nuevos conflictos y muchas veces genera nuevas preguntas. En ese momento se toma la decisión de comenzar a escribir o investigar un poco más.

A lo largo de mi vida tuve la oportunidad de conocer muchos artistas, sus vivencias y anécdotas que dejan ver una problemática social. Es por eso que elijo realizar estas entrevistas, porque a partir de sus respuestas puedo conocer la cotidianidad de sus vidas, algunas de las consecuencias y retos del gremio durante la pandemia y los efectos de esta en la práctica actual de este arte. Este género en otras palabras me permite establecer un vínculo con el entrevistado y resolver más cuestionamientos que surgen de unas inmensas ganas de saber y aprender.

“Si un género periodístico se ha ganado como ninguno la fama de ser cercano al lector, oyente o espectador (según el medio sea impreso o audiovisual), tanto en temática como sobre todo en estilo y lengua, ésta es la entrevista”. (Díaz, 2000)

Mi intención es que al leer estas historias se vea reflejada la realidad de quienes día a día luchan por preservar un arte tan antiguo como la humanidad, que sus relatos sean escuchados y que no se vean únicamente como historias de superación sino como pruebas de una falla que se debe corregir para mejorar la calidad de vida de estos seres humanos.

En esta recopilación encontramos las historias de: Harold Moreno (Tenza, Boyacá), Álvaro Rico (Tame, Arauca), Dayra Jaramillo (Fusagasugá, Cundinamarca), Jose David Ramírez (Zipacón, Sabana de Bogotá) y Mónica Mercado (Cartagena, Bolívar), maestros, bailarines, folcloristas, investigadores, emprendedores y gestores culturales que han dedicado sus vidas a la danza y que cambiaron su percepción de todo cuando llegó la pandemia.

Durante el 2020 conocí muchos testimonios de personas pertenecientes al gremio que vivieron situaciones bastante difíciles y una economía nada favorable y fue por eso que decidí enfocar este trabajo hacia esa dirección.

Para la realización de *Voces en movimiento* realicé una lista de personas conocidas dentro del gremio de la danza, conocidos, amigos, maestros, mentores, etc. Luego de esto empecé a pedirles información acerca de conocidos dentro del gremio y sus historias. Además, busqué conferencias, congresos y demás eventos virtuales que me permitieran conocer diferentes personajes de a lo largo de Colombia.

Al final obtuve una lista de 15 personajes con historias que consideraba interesantes y con los que busqué tener contacto. Luego de esto, esta lista se redujo a 5 personajes relevantes con los que comencé el proceso de investigación y la creación de ocho cuestionarios que servirían de guía para las entrevistas. Para realizar dichos cuestionarios leí varios artículos relacionados con la forma correcta de realizar entrevistas que me permitieron definir y planear la estructura del trabajo.

“Si nos ponemos prosaicos, hay que decir que todo empieza con una llamada telefónica y alguien que dice sí a una propuesta que incluye entrevistas largas y una inmersión en su vida cotidiana” (Guerriero, 2014, p. 2).

El proceso de recopilación de la información fue el mismo para los 5 personajes pero con tiempos diferentes. El primer contacto se hizo a través de llamadas telefónicas en las que se les dio la información necesaria y se les pidió la autorización para escribir sobre sus vidas.

“Cuando entrevisto a alguien, y aunque no le crea, le creo, y quiero, sobre todo, escuchar su versión del asunto: no lo que es verdad sino lo que elige contar como verdad” (Guerriero, 2014, p. 5).

A continuación, realicé la búsqueda de datos a través de internet (redes sociales, blogs o entrevistas) y los testimonios de las personas que me ayudaron a ponerme en contacto con ellos. Luego de eso realicé el primer acercamiento formal a través de entrevistas en la plataforma Zoom, se realizaron entre dos y cuatro encuentros con cada personaje, teniendo en cuenta que la pandemia no permitía aún encuentros presenciales.

Durante el año 2021 y principios del 2022 se dieron entrevistas presenciales con los personajes y con personas allegadas a cada uno de ellos en diferentes partes de Bogotá, Guatavita, Mosquera y Fusagasugá.

Cuando tenía toda la información que necesitaba empezaba la transcripción de las entrevistas, llamadas y grabaciones de los encuentros presenciales, eventualmente realizaba preguntas específicas vía WhatsApp.

Para comenzar a escribir leí nuevamente algunos textos que me permitieron escoger el hilo conductor de cada texto y la estructura que quería para cada uno desde la percepción que había logrado de cada persona.

Así comenzó el proceso de escritura, con miles de ideas por aterrizar pero con el objetivo claro de mostrar cómo la pandemia afectó al gremio de la danza y cómo sus miembros atravesaron este duro momento de la historia.

2. Un médico, bailarín y un poquito provinciano

Un día normal, otro de tantos, los mismos pacientes, tenía lo mismo por hacer casi todo el día pero con careta y tapabocas debido al COVID-19. Al final era lo mismo, no tenía pasión y se sentía vacío. La idea de salir de ese lugar había rondado la mente de Harold Moreno hacía mucho tiempo, el otro médico que trabajaba con él decidió renunciar así que tenía más trabajo y jornadas de 12 horas diarias de lunes a sábado.

Un día decidió que era suficiente, ya había visto muchas personas deteriorarse por culpa de enfermedades renales y no quería seguir viendo este crudo panorama. Se enfrentaba al miedo y a la incertidumbre en medio de una pandemia, pero tenía algo que todavía lo sostenía: la danza. Ella seguía ahí para salvarlo, él es un médico, uno que baila. Después de ese día salió de ahí, dejó su trabajo y fue libre al dedicarse a una pasión que también habitaba su alma.

Los peros y la ansiedad lo hacían pensar que tal vez dejar la medicina por irse a bailar en medio de una crisis mundial no había sido la mejor idea. Pero lo hizo, renunció a su trabajo estable porque no era feliz, el baile lo salvó y le dio la vida que veía perderse todos los días entre los pacientes que esperaban con fe un trasplante que llegaba una vez cada tres o cuatro meses. La danza le dio felicidad y pasión, algo que la medicina no le daba en ese momento.

En medio de la pandemia Harold decidió dejar su trabajo estable como médico para entregarse al arte de la danza después de que hace años había tomado la decisión de mezclar estos dos mundos que generalmente están separados.

Nació en una familia campesina en Tenza, un pequeño municipio de Boyacá con no más de 3000 habitantes. Tuvo una infancia feliz y de pueblo, llena de

carreras por los potreros, ropa llena de tierra, práctica de deportes y artes marciales y muchos amigos que eran el hijo de... O el sobrino de...

“No, no, la danza llegó a mí de la recocha y la fiesta de mi familia, de las reuniones familiares, de las épocas decembrinas, de las fiestas del pueblo”. Este fue sin saberlo, su primer acercamiento a un arte tan antiguo como la sociedad misma.

Cuando él tenía 7 años, una de sus hermanas lo invitó a participar en un semillero de danza infantil en Tenza, dirigido por el profesor Marco Antonio Roa. Fue así como un niño delgado, con lentes e introvertido empezó sin querer a enamorarse de la danza, de la libertad con la que la música y el movimiento interactúan con el cuerpo o de la dopamina que genera el baile en el cerebro de un ser humano.

Su casa no tenía lujos, pero siempre tuvo lo necesario. Su madre como maestra de primaria y su papá como comerciante independiente lo sacaron adelante a él y a sus 3 hermanas. Esto hizo que la relación con su familia desarrollara vínculos muy fuertes de cordialidad y apoyo. Según él, porque así es la forma en la que uno se cría en un pueblo.

Sus padres apoyaban el camino de la danza como pasatiempo sano, pero nunca pensaron que sería más que eso porque para ellos salir adelante implicaba estudiar una “carrera de verdad” como derecho o ingeniería.

La danza era más que un hobby para él, pero aún no lo sabía. Poco a poco obtuvo mayor confianza y técnica por el arte que todos hemos podido ver al menos una vez en nuestras vidas, en alguna parte de un país con la riqueza cultural que tiene Colombia.

Hablar con alguien por medio de una videollamada puede sentirse frío y poco cercano porque no tenemos muchos elementos presentes en la comunicación

personal, pero Harold siempre intenta ser muy gentil y considerado cuando habla. Se muestra poco conversador pero aclara que así es él, no es que no quiera responder sino que prefiere hacerlo de forma personal.

Continúa contando que uno de sus primeros logros y reconocimientos, llegó como a los 8 o 9 años cuando recibieron una invitación a un concurso en un pueblo cercano, participaron en la categoría infantil y ganaron el segundo lugar. El premio fue de \$750.000 y fue suficiente para comprar unos trajes nuevos y costear los gastos de ese grupo que hoy, casi 20 años después, sigue representando a Tenza.

Dentro de sus recuerdos de ese primer concurso está su baile de la canción “Manteca de iguana”, “La vencedora” y un cuadro antioqueño, es decir, un conjunto de danzas representativas de una región específica. Ganar este tipo de concursos, es algo muy significativo en la vida de alguien que baila. Es una alegría al saber que el público admira lo que uno hace y que uno fue capaz de terminar una coreografía sin equivocarse. Esa alegría que da el arte acompaña a un bailarín para siempre.

Continuó su vida como un joven tranquilo, siempre muy aplicado en sus estudios, disfrutaba de los videojuegos, pero nunca abandonó la danza ni los deportes. Por eso su madre dice que: “Es una persona muy entregada a todo lo que le gusta, muy responsable y comprometida con lo que le apasiona”.

En el momento de decidir un camino profesional, supo que quería estudiar medicina. “Yo siempre quise ser médico desde chiquito, entonces como que mis papás nunca lucharon contra eso; al contrario me apoyaron”. Al salir del colegio, como muchos jóvenes, tuvo que salir del pueblo hacia la ciudad porque en donde vivía no había oportunidad de estudiar para ser profesional.

Así llegó a la ciudad de Bogotá a estudiar medicina en la Universidad Nacional de Colombia. Ese joven de lentes redondos, con una estatura no mayor a

un metro sesenta y una piel muy blanca presentó y aprobó todas las pruebas necesarias en esta institución, algo que no es precisamente fácil de conseguir, pero que le dio una nueva vida en una ciudad desconocida que prometía un mejor futuro para él y para su familia.

Acostumbrar los sentidos al caos de una ciudad tan grande y acoplarse al ritmo de vida fue un gran desafío para Harold. En el fondo de su corazón sabía que quería seguir bailando, entonces lo primero que hizo en su semana de inducción fue buscar la forma de inscribirse en el grupo de danzas de la universidad. Según él, la danza le daba un ambiente ameno y feliz porque no podía dedicarse únicamente a estudiar.

Empezaron los ensayos, tomaba sus clases teóricas en el día y bailaba desde las 6:00 o 7:00 p.m. Siempre fue muy organizado y logró acostumbrarse a una rutina difícil que, a pesar de todo, lo mantenía motivado porque bailar lo ayudaba a despejarse y aumentaba su energía.

Así pasó el tiempo de su universidad, estudiaba y practicaba danza folclórica. Si tenía que trasnochar o madrugar mucho lo hacía sin problema porque la danza lo motivaba, pero no tenía tiempo para nada más, ni salidas de amigos, ni novias, ni ningún otro proyecto; solo estudiar y bailar.

Cuando hizo sus prácticas profesionales los turnos eran bastante pesados y tuvo que poner en pausa la danza.

“Si antes iba juicioso a tres ensayos a la semana, pues esta vez iba a dos o a uno o había temporadas de uno o dos meses en los que no podía ir a ningún ensayo porque estaba siempre metido en el hospital”.

El arte de bailar brinda paz, desahogo y felicidad, pero más allá de eso es un proceso de aprendizaje continuo e infinito que presenta grandes retos mentales y

físicos para cada bailarín, generando en quienes lo practican profesionalmente momentos de frustración y bloqueo. Harold, por supuesto, no fue la excepción.

Sintió que quería dejar la carrera y dedicarse a estudiar danza, porque ser médico era muy complejo. Pero su madre con sabiduría le aconsejó que terminara su carrera porque era muy joven y luego podría decidir si dedicarse a la medicina o a la danza. Doña Constanza jamás ha dejado de apoyarlo.

Cuando cursaba sexto semestre y sintiéndose estancado en la danza folclórica, recordó una presentación de los integrantes del grupo de danza contemporánea de la universidad. Era una obra sobre una masacre en la Guajira y eso le llegó mucho, según él tocó su espíritu y lo hizo pensar en practicar este género.

“Mi bailarín interno me pedía un cambio y con esta manera tan directa de hablarme que fue la danza contemporánea me presenté a la audición del grupo de la Nacho”. El mundo de la danza contemporánea tocaba para él fibras muy sensibles. “Todas esas cosas me empezaron a llamar y a llamar, y yo ya dije: este es el género al que me quiero dedicar”.

El muchacho fuerte que siempre había sido activo y lleno de vida estaba agotado, mucho más delgado de lo normal y con grandes ojeras moradas debajo de sus ojos color café. Esto lo llevó a tomar un descanso de un semestre en la universidad, veía solo electivas para tener más tiempo de bailar; hizo ballet y danza contemporánea y pudo ir a Brasil con el grupo de danzas de la universidad al Festival universitario de danza contemporánea en el año 2012, otro punto importante en su carrera como bailarín.

Para ese viaje recibieron el apoyo de la Universidad porque iban a representarla, pero casi siempre los gastos de vestuario, alimentación y transporte

salen de los bolsillos de cada bailarín y no hay mucho apoyo de entidades gubernamentales para este tipo de eventos, lo que hace que la danza se convierta en algo poco rentable para muchos artistas.

Después de Brasil, Harold se convenció de terminar su carrera luego de su pausa. “Yo sabía de vocación que quería ser médico, nada más que tenía encontronazos con la medicina porque es muy dura, los turnos son malucos, uno siempre está muy cansado o de mal genio; en cambio la danza es otro mundo diferente”.

Harold es un hombre muy tímido, nunca grita ni habla en tonos altos, a menos que esté en el escenario, siempre se ve muy calmado y su serenidad se contagia cuando uno habla con él. La mayoría de sus entrevistas fueron en lo que para él es su ambiente natural, un salón de ensayo.

Mientras me recibe se dedica a repasar movimientos y pasos, no sin antes preguntar si me molesta que lo haga. De vez en cuando mira por la ventana como concentrándose en ciertas preguntas y medita con cuidado cada cosa que responde, habla con la seguridad de un médico pero con la serenidad de alguien que baila descalzo por un salón mientras uno lo entrevista.

Me cuenta que se fue llenando de conocidos porque este gremio así lo permite, con ellos logró compartir no solamente la pasión por el arte, sino tertulias o charlas acompañadas de alcohol luego de una presentación o una función de un amigo. Así conoció a César, con quien comparte desde hace varios años. “Cuando me di cuenta de que era tan buen bailarín de folclore y de contemporáneo y tan bueno escribiendo, me dije: yo quiero ser su amigo”. Así nació su amistad que se conserva con especial cariño hasta el día de hoy.

La vida de este médico y bailarín continuó, ejerciendo la medicina y la danza al mismo tiempo hasta que llegó el 2020, ese año que cambió la vida de todas las personas que habitamos este mundo. Tenía planes como todos, y de repente el COVID-19 llegó a nosotros y en ese momento todo quedó en pausa.

Tenía una obra importante llamada *arrejuntados* basada en el tema de los campesinos y la problemática de dejar las tierras. Su idea era circular esta obra por Colombia y el extranjero, pero llegó la pandemia y todo se resumió en unos pequeños trabajos audiovisuales.

Fue un momento de incertidumbre y miedo que invadía no solo a los bailarines de su compañía sino a todas las personas del mundo. Cada día había más muertos, más personas contagiadas, más restricciones y menos esperanza de volver a los escenarios.

Cuando empezó la pandemia, Harold se encontraba trabajando en una Unidad Renal, esta unidad está destinada a atender pacientes que requieren procedimientos relacionados con insuficiencias renales. En un lugar así hay varias máquinas de diálisis y tres veces a la semana los pacientes deben ir a realizar el proceso que debe continuar por el resto de la vida.

Su vida se resumía en vigilar a un grupo de pacientes, ver que el procedimiento se ejecutara correctamente y luego recibir otro grupo y repetir la misma rutina por 8 o 12 horas al día. Al llegar la pandemia sintió que su rutina no cambió mucho. “Yo no sentía tanto el cambio a nivel laboral porque seguía haciendo lo mismo, pero los pacientes sí se sentían diferentes, muy asustados y en pánico porque, a pesar del COVID-19, no podían dejar a un lado sus tratamientos”.

Las medidas de bioseguridad se hacían cada vez más fuertes y restrictivas y Harold veía cómo sus pacientes sufrían por transporte, contagios y temas

económicos. A pesar de que él tenía permiso de circular “libremente” por ser médico, su preocupación y ansiedad aumentaba día a día.

Pasaba el tiempo y su rutina seguía exactamente igual. La falta de ensayos, la ausencia de su familia en Bogotá, el miedo y la incertidumbre terminaron llevándolo a refugiarse en cierta forma en el alcohol, porque se convirtió en la manera de desahogar todo lo que debía guardarse.

Mientras trabajaba en Soacha en la Unidad Renal, empezó a tomar con algunos amigos de su barrio, tres o cuatro veces a la semana en la casa que compartía con uno de ellos. Durante esos encuentros también practicaban danza urbana para no perder el estado físico, este ensayo lo motivaba un poco, pero esto no duró mucho porque luego de un tiempo cambiaron su horario y ya no pudo seguir bailando.

Empezó a sentirse agotado en su trabajo, se sentía estancado en un lugar en el que la esperanza no es precisamente el pan de cada día. “La diálisis es un proceso bastante duro de ver, ese panorama todos los días me hizo renunciar, son los mismos pacientes crónicos con una enfermedad que no tiene cura, solo tratando de avanzar un día más, eso es muy desgastante”.

Durante la diálisis debía ver el deterioro de todos los pacientes que trataba, su única esperanza era un trasplante, pero esto no pasaba muy seguido. “Me sentía agobiado y estaba trabajando demasiado, 12 horas de lunes a sábado hasta que un día dije: ¡suficiente!, y lo hice”. Ese día, y luego de un largo proceso de introspección durante la pandemia, decidió renunciar y dedicarse a bailar.

Cuando habla de esto su cara se ilumina, cambia la expresión y se siente algo más animado, suspira y luego comenta que dudó muchas veces antes de tomar la decisión pero al final la pandemia lo hizo volver a lo que lo hacía más feliz.

Tiempo después un amigo lo invitó a retomar un proyecto que consistía en hacer danza folclórica mezclada con algo de contemporáneo, era la misma propuesta que les había hecho en el 2019 y que había sido detenida por el COVID, pero ahora con nuevas ideas y nueva música.

En este momento resurgió *Sasbequia Danza*. Eso fue una luz y una salvación después de meses sin ensayos. Así fue como empezó a salir de problemas de ansiedad que la pandemia le había dejado, se alejó considerablemente del alcohol y continuó enamorándose de su arte.

El 2020 lo obligó a reflexionar, fue por eso que decidió renunciar a la estabilidad de una “carrera de verdad” para dedicarse al arte. Estuvo mucho tiempo solo y extrañó a sus seres queridos, aunque sabía que ellos estaban bien porque estaban en un municipio libre del virus, pero apenas tuvo la oportunidad se fue para su pueblo a compartir con su familia.

Según él nunca tuvo COVID, pero tenía miedo de contagiarse así que se repetía a sí mismo como un mantra: “Si me da, eso solamente va a ser una infección o una gripe leve”. La pandemia transformó su vida porque sentía que era de esas personas a las que les costaba soltar y si no hubiera sido por ese fenómeno mundial no hubiera renunciado ni se hubiera ido a hacer un viaje de autodescubrimiento que quería hace tiempo.

Cuando habla de la pandemia se siente un poco más tenso, se sienta en el piso de madera del salón mientras juega con los dedos en él, aunque lo toma como casi todo con muchísima calma los malos recuerdos de esos días se reflejan en su cara.

“Me había dejado de lado a mí mismo y a mi deseo de bailar. Tenía un proyecto que terminar y decidí tomarme un tiempo exclusivamente para eso”. Ahora

vive de sus ahorros mientras consigue alguna salida económica en la situación tan crítica que vive el país, cambió su mentalidad y dejó salir su pasión por la danza en un momento crítico para todos, se alejó del alcohol y se dedicó al estudio de su pasión. Siente que ha sido una de las mejores decisiones de su vida porque en un momento crítico agarró a sus temores de la mano y decidió seguir con la función.

3. El llanero de las mil preguntas

En el calor del llano nacen miles de canciones, poemas y expresiones del arte que se esparcen por el territorio, permitiendo reconocer las definiciones de una tierra de coleo, de agricultura, ganadería, variedad gastronómica, paisajes de verde y naranja, atardeceres deslumbrantes y leyendas en las que la magia y los espantos hacen parte de la realidad.

La vida de Álvaro Rico ha girado en torno a las preguntas que se hace a sí mismo desde hace mucho tiempo, esa es la forma en la que guía su actuar y busca los caminos a seguir. Es un bailarín (como se les llama también a los bailarines en la región de la Orinoquía), compositor, creador coreográfico, profesor, músico y cantante dedicado al joropo y la cultura llanera.

Tiene 32 años, baila desde los 6 o 7 y enseña desde los 13, por lo que no fue difícil comprender que el sentido de su vida estaba en el arte.

Las primeras preguntas

—Pues es que en la vida lo más importante son las preguntas que uno se hace, si algo no está bien en su vida es porque no se está haciendo las preguntas correctas, por eso no sabe hacia dónde va su camino.

Desde pequeño el joropo acompañó su caminar porque en el llano es casi imposible no hablar ni escuchar de este desde el primer día de la vida. Álvaro no fue la excepción y creció rodeado de abuelos y conocidos que tocaban la guitarra, el arpa, el cuatro y las maracas con la misma normalidad con la que se come o se bebe agua en un día normal.

—Yo soy de Tame, Arauca, y mi formación artística se ha dado en varios lugares del llano: Arauca, Casanare, en el Meta y esporádicamente en el Guainía y Guaviare.

Dentro de las tradiciones familiares de estos lugares es común que el amor por el arte se pase de generación en generación, siendo algo que hace parte de la vida en el campo, de la cultura de los pueblos y del día a día de miles de familias campesinas como la de Álvaro.

—Yo soy de una familia con costumbres vivas como la cultura, la primera inspiración que tuve fue mi abuelo, que es músico campesino y hoy tiene 89 años, ha cantado toda su vida y es músico, pero nunca ha estado en un escenario.

Jorge Sánchez, su abuelo, ve el joropo como su forma personal de expresión, y por eso canta todo el tiempo, mientras descansa en las tardes luego del trabajo diario, en los momentos de ocio, mientras se hacen los quehaceres del hogar, etc. Fue él quien guio al Álvaro más joven a conocer este mundo de acordes y cantares.

—Yo crecí escuchando las historias que cantaba mi familia y así me motivé a aprender a tocar un instrumento. Mis tíos también están muy presentes en este tema, aunque ninguno se dedica de lleno a eso. Pero componen y en el momento de la tertulia, de tomar tinto en la tarde se rotan el cuatro y componen versos y canciones inspirados en su día a día.

Gracias a su mamá que siempre quiso que estudiara arpa se presentó en el grupo musical de la casa de la cultura de Tame. Álvaro aún era muy pequeño y por eso no lo aceptaron entonces su única opción fue el grupo de danzas, ahí sí lo recibieron y en eso se quedó hasta el día de hoy y jamás aprendió a tocar arpa.

Álvaro participó en muchos concursos desde que empezó a bailar. Los premios que recibía por ganar las competencias muchas veces eran instrumentos

musicales, por eso fue aprendiendo a tocarlos y hoy, además del canto y la composición, puede interpretar no profesionalmente pero sí con cierta destreza el cuatro, el cajón, las maracas y el millo. Dice que es algo común en los artistas del género.

—En esa situación están casi todos los artistas del género, seguramente si pone a bailar un músico lo hace muy bien o un cantante a tocar lo hace igual y eso pasa porque el joropo es una amalgama de varias expresiones juntas. Cuando uno habla de joropo se entiende que es un todo a la vez en una misma fiesta en la que las personas constantemente cambiaban de instrumento, bailaban y hacían un poco de todo.

Sus manos reflejan su saber y lo activo de su día a día, nunca se queda quieto, choca los pies en el suelo haciendo zapateos cuando habla, toca melodías golpeando la mesa con los dedos mientras escucha, a veces sus respuestas incluyen una parte cantada de sus composiciones o imita los sonidos de los instrumentos con la boca cuando recuerda alguna frase en especial.

Mientras tanto comenta que la grandeza de las fiestas y la versatilidad de esos intérpretes hicieron que se enamorara del arte del joropo. Su familia siempre lo apoyó porque la danza fue algo que lo acompañó desde siempre.

— Sí, mi familia me apoyaba en el sentido en el que dieron las condiciones para que yo pudiera estar en los espacios, me ayudaban a conseguir los recursos, me dejaban viajar y no me ponían problema para ir a las presentaciones.

Su cara casi siempre permanece seria pero cuando le pregunto si fue difícil tomar la decisión de ser artista una ligera sonrisa me dice que no, simplemente nunca tuvo contemplado hacer algo diferente.

—Nunca me pregunté si iba a funcionar o no, en algún momento más adelante, cuando salí del colegio y llegué a Villavicencio se me dio la oportunidad de empezar a estudiar una carrera técnica y estudié como 4 meses y ya. Ni me acuerdo bien de qué era pero eso me quitaba tiempo y lo dejé porque yo estaba muy activo en el mundo del joropo.

Cuando esto sucedió, Álvaro tenía 18 o 19 años y se hizo otra pregunta importante ¿Para dónde voy? Su respuesta estaba clara, así que decidió no darles más energía a otras cosas porque su vocación era la danza, con todos los contratiempos que esta implica, con sus incertidumbres y sus retos. Estaba decidido a entregar su vida por eso, y con convicción siguió luchando por cada concurso, competencia o espectáculo relacionado con el joropo.

—Me hice otra pregunta sobre mi vida. Ahí tomé conciencia de que eso era lo que iba a hacer el resto de ella y por eso el tiempo que le iba a dedicar a estudiar otra cosa me lo debía gastar en lo que me gustaba hacer y hasta ahora sigo firmemente convencido.

La vocación de enseñar joropo

Cuando entramos al salón en el que ensaya camina con tranquilidad con el espacio y se ve nervioso pero en un minuto entra en confianza, empieza a cantar y mientras habla es normal que vaya haciendo música como para acompañar lo que dice. Álvaro no es un hombre de gran altura pero cuando tiene un instrumento en la mano y las cotizas puestas llena espacios completos él solo, llama la atención y se hace enorme.

—Yo el rol de formador lo encuentro desde los 13 o 14 años. Yo me reunía a ensayar con otros dos amigos, nos reunimos bastante tiempo y de repente

empezaron a invitar más amigos, acabamos practicando unas 20 personas y el lugar se quedó chico. Entonces decidimos cobrar una inscripción hasta que surgió la idea de hacer una academia o escuela y lo hicimos con el apoyo de uno de los padres de uno de mis amigos y nosotros éramos los profes. Yo era el más chiquito de los tres.

Álvaro disfruta de la enseñanza entre otras cosas, porque cree que le da la oportunidad de hacerse más preguntas. Cree que una de las cosas más bonitas de esto es que a través de preguntarse cómo explicarle a alguien más puede ir desarrollando habilidades que lo hacen mejor bailarín y mejor persona.

Cuando habla de cómo enseña o de sus primeras clases se queda viendo un punto fijo, se concentra y empieza a imaginar los esquemas, los estudiantes organizados y las figuras, se encorva un poco y cuenta meticulosamente como quien hace una receta química cómo formula un nuevo paso o coreografía.

—Cuando tenía 16, terminé el colegio y ya tenía una oferta de trabajo en un municipio cercano; ahí inicié formalmente y me dije: ahora sí voy a empezar en esto y así es como voy a sostenerme. Hoy las claridades que tengo de mi oficio y lo que soy lo he logrado enseñando.

Enseñar algo implica tener pleno conocimiento del saber propio, conocer métodos de aprendizaje y tener el deseo o la vocación para que el otro comprenda lo que queremos compartir. Muchas de las cosas que sabemos hacer o decir están dentro de nuestro cerebro porque alguien nos enseñó a hacerlas.

—Mi aprendizaje fue influenciado por mis profes, pero también directamente por los niños con los que aprendía y repetía; luego en los concursos con los compañeros de otros lugares donde había un intercambio de saberes. Además, el simple hecho de ver la presentación de alguien más, ver ensayar a los otros o

competir contra ellos me hacía moldear muchas cosas en mí. Hay muchos compañeros que siento como mis referentes y aprendí de ellos, pero nunca fueron mis profesores.

Con la guía y ayuda de sus maestros, Álvaro comenzó a competir desde los 7 años en categorías infantiles y desde los 16 en concursos profesionales. Participó aproximadamente en 50 competencias de joropo, algunas pequeñas y algunas muy reconocidas como el Festival del Retorno (La Guajira), Festival de la Palma (Cesar), Festival de la Cosecha (Meta) o el Girara de Oro (Arauca).

Una de las competencias que más recuerda fue el segundo concurso profesional en el que estuvo, en el municipio de Arauquita a sus 16 años. Allí conoció a varios buenos amigos con los que bailó durante muchos años y con los que aún mantiene contacto. Fue un gran logro para él ya que pudo competir con una de las personas que más admiraba y que veía como una fuente de inspiración para bailar, ya que él era un novato y tendría la oportunidad de mostrar su talento ante personas muy experimentadas. A pesar de no ganar, fue una de las mejores experiencias que le dio la danza a su vida.

Durante su etapa de bailarín de concursos obtuvo cerca de 12 primeros y 10 segundos lugares en competencias en pareja porque aún no era muy común ver concursos en grupos. El último evento en el que participó fue en el año 2016 aproximadamente, porque según él, ya no tenía mucha intención de competir pues en su vida aparecieron otras preguntas.

Durante los siguientes años estuvo trabajando como creador coreográfico, asesorando eventos y espectáculos de joropo en varias partes del país. Su crecimiento profesional avanzó rápidamente y comenzó con muchos proyectos, entre ellos la organización de un espectáculo de opening para un importante festival

en Puerto Carreño, en el departamento de Vichada. Allí la vida entera le plantearía nuevas preguntas, según él las más importantes de su vida.

La llegada de la pandemia

—Estaba en Puerto Carreño trabajando como asesor de procesos. Me llamaron para dirigir un espectáculo llamado el Festival del Corrido; eso es muy conocido allá y yo me iba a quedar uno o dos meses hasta el concurso, pero cuando llevaba una semana empezó todo. Me tomó por sorpresa el confinamiento y tuve que quedarme ahí por mucho tiempo. El festival se canceló, la pandemia empezó y yo no tenía cómo volver.

Cuando comenzó la pandemia, Álvaro, como muchos de nosotros, pensaba que sería algo temporal, medidas de bioseguridad que se extenderían máximo por un mes. Por esa razón se dedicó a disfrutar del lugar en el que estaba, de la gente y de las caminatas cerca al río. Las medidas se hacían cada vez más estrictas, no había transporte y las personas se llenaban cada vez más de miedo.

Pasó sus primeros días de encierro en el hotel que les habían designado para el concurso, pero luego lo tuvieron que cerrar y entonces fue enviado a un pequeño apartamento en el que vivía solo. Al principio eso no fue un problema ya que es una persona que disfruta de la soledad y de actividades para hacer de forma individual. Pero pasaban los días y la situación no parecía mejorar, el encierro seguía ampliándose, llevándolo a sentir miedo por lo que podía pasar, fueron días complicados, llenos de incertidumbre y pánico por los seres queridos que no podría ver en largo tiempo. Es una persona positiva y buscaba el lado más amable de las cosas, así que se dedicaba a reflexionar acerca de la situación que lo sobrepasaba.

Álvaro temía como la mayoría de nosotros, por su familia y porque no tenía muchos recursos para poder ayudarlos en ese momento. Ellos se encontraban en

Tame, y las noticias de vecinos y conocidos fallecidos a causa del COVID-19 no daban un panorama alentador.

Las preocupaciones iban en aumento, los recursos empezaron a escasear y la sensación de miedo no paraba de crecer. Además, la desinformación y constante pánico en el que veía a las personas del pueblo e incluso a algunos familiares lo obligaban a mantenerse dentro del apartamento y no salir bajo ninguna circunstancia, ni siquiera para conseguir comida o respirar un aire diferente.

—No sentía ganas de salir porque me inquietaba ver a la gente llena de preocupación, era como el sonido de las sirenas de las ambulancias, algo desesperante y que me causa mucho estrés, entiendo la necesidad del ruido, pero ese sonido me afecta mucho. En ese momento hablaba con mi abuela y ella decía que “igual males en el mundo hay muchos y que de alguna cosa hay que morirse”.

Luego de cuatro o cinco meses pudo salir de Puerto Carreño y volver a Villavicencio, el lugar en el que vivía antes de la pandemia. Logró salir gracias a un permiso que tenía alguien de la Gobernación, pudo acompañar a esta persona por vía aérea y salir. Era hora de intentar regresar a su vida y la esperanza de que esto pasara pronto ni siquiera estaba contemplada. De nuevo era hora de cambiar de preguntas.

Momentos de crisis

El gremio de la danza vive de los encuentros, del espectáculo y de los eventos y por eso fue de los más afectados por la pandemia porque ¿qué es un bailarín sin público? Álvaro tiene esto claro y por eso considera que lo más difícil era no poder agruparse, tener que cancelar los eventos, festivales y presentaciones.

—Las presentaciones y los eventos son los que generalmente motivan a los bailarines y los procesos de aprendizaje y ya no había gente ni grupos para asesorar porque precisamente todos los eventos habían sido cancelados.

En ese momento tuvo que atravesar una de las situaciones económicas más difíciles de su vida. Según él, tuvo que vivir mucho tiempo únicamente de algunos ahorros y tuvo que usarlos solo para cosas esenciales como comer y el aseo. Las deudas que tenía seguían corriendo intereses y en ese momento también tuvo que cerrar su academia, un proceso que recién había comenzado.

Nunca recibió ayuda del gobierno, de ningún tipo, ya que las que se otorgaban nunca fueron suficientes. Por el contrario, fueron casi inexistentes y estuvieron muy mal organizadas. Algo tan importante como la cultura y quienes dedican su vida a ella se vieron desprotegidos por el Ministerio y otras instituciones.

—Cuando se empezaron a dar ayudas a los bailarines no fue casi nada y se hubieran necesitado muchos más recursos y una mejor organización de ellos para por lo menos asegurar lo mínimo para las personas que estaban afectadas en el gremio. El estado pudo haber asumido las cosas mucho mejor.

A pesar de la grave situación del gremio durante la pandemia, Álvaro logró ver muchos momentos de unión y fraternidad entre bailarines, directores, maestros, academias y grupos que hacían colectas para ayudar a compañeros que vivían únicamente de la danza como espectáculo y también hacían pequeños bancos de alimentos que buscaban suplir algunas necesidades básicas de compañeros en situaciones bastante difíciles.

— El gremio se unió más en las regiones, entre grupos y bailarines se veía más comprensión porque muchos no recibieron nada de ayuda y tuvieron que sobrevivir solos.

Transformaciones

Esta tal vez ha sido la pregunta más importante de su vida porque lo llevó a creer en sus habilidades, a pensar en una solución y a cambiar la forma y percepción de enseñar la danza.

La situación económica no parecía mejorar y Álvaro se negaba a las clases virtuales, lo abrumaba pensar en que algo tan personal y físico como el movimiento se pudiera hacer desde lejos y a través de una pantalla.

—El movimiento es muy difícil de explicar desde lo virtual, pero viendo las posibilidades pensé que si la gente supiera leer un sistema de notación sería más fácil para mí dar las clases de zapateo o de joropo en general de manera virtual. Desde el 2011 yo había pensado en una forma de enseñar lo que sé y poder guardarlo en video.

En el 2020 retomó esa idea que había dejado atrás hacía casi diez años y empezó a trabajar en un sistema de notación. Este sistema busca utilizar varios símbolos para representar varias ideas, conteos, tonos, conjuntos, etc. Normalmente es usado para enseñar música o matemáticas.

—Este sistema busca explicar, fortalecer la memoria, estructurar razonamientos y hacer todo lo que antes enseñaba, pero ahora desde los conceptos, se busca la interpretación de la teoría en las partituras para luego aplicarlas bailando.

De esta manera lanzó su primera convocatoria para enseñar joropo con este método y muchas personas se inscribieron. Álvaro les enviaba las partituras en pdf o las ponía a un lado de la pantalla en sus reuniones de zoom, cada bailarín podía verlas, interpretarlas y comenzar a ejecutar pasos, conteos o zapateos según la

información que veía. Según él, lo más difícil es aprender a diferenciar los golpes y marcar el ritmo, pero es algo que se consigue únicamente con práctica.

Ver estas clases es bastante entretenido, son clases dinámicas y muy creativas, se ve cómo cada bailarín ejecuta ciertos pasos bajo la corrección constante y estricta del maestro y al momento de unirse con los demás la coordinación y el sonido son cosas dignas de admirar. Cada quién hace su trabajo individual pero el sistema permite que el ensamble de un todo sea más sencillo y armonioso.

El profe se ve tranquilo y se mantiene en calma, pocas veces el estrés lo sobrepasa pero cuando sucede su cara morena se hace roja y explica con un tono más alto y los ojos muy abiertos para que el alumno entienda y se ubique rápidamente, en pocos minutos vuelve a su calma habitual.

Poco a poco se fue perfeccionando la técnica de enseñanza solo con prueba, error y mucha paciencia. Logró enseñar a los bailarines a leer elementos musicales y aplicarlos con destreza a los movimientos del cuerpo. Al principio, el proceso fue bastante complicado, pues no todos los bailarines conocen este lenguaje musical, pero en el proceso las cosas fluyeron de forma más positiva y empezó a atraer más gente, lo que a su vez comenzó a mejorar la situación económica. Cobraba desde 10.000 pesos cada clase o taller.

Al principio, Álvaro les entregaba esos textos o partituras como base y el proceso se llevaba a cabo de forma virtual únicamente, pero cuando las medidas de bioseguridad y las restricciones del gobierno así lo permitieron, lograba reunirse con sus alumnos y realizaba el proceso de ensamblaje de las coreografías, el sistema de notación no solo hacía más fácil enseñar de forma virtual, sino que lograba agilizar significativamente los procesos presenciales.

—Mi notación ayuda a hacer enlaces y acordes, necesita elementos técnicos para entender el ritmo y esas cosas, pero permite desde ahí la ejecución de la práctica. Así se educa el oído y se da la posibilidad de optimizar el tiempo de trabajo porque, por ejemplo, sin la notación primero debo memorizar todo yo solo y luego sí explicarlo a mis bailarines uno por uno. Pero si ellos leen yo puedo darles las frases a cada uno, que las estudien y aprendan, que lleguen con eso aprendido y así solo es ensamblarlo.

Este sistema puede ser más difícil al principio para bailarines que no tienen ningún conocimiento en música o teoría de esta, pero con el tiempo la práctica les permite saber cuántos tiempos dura cada movimiento, desde dónde sale, el pie con el que se remata, cómo se debe guiar con la música, la biomecánica, etc. Se da la oportunidad al bailarín de aprender un sistema complejo con símbolos musicales sencillos.

Con el tiempo las personas que practican con este sistema aprenden lectura rítmica, interpretación de figuras musicales, intuición musical y lo que Álvaro llamó: educar el oído. Esta notación se parece a la música pero también fue diseñada para ser útil y aplicable para todas las personas. Los estudiantes de estos cursos han sido músicos profesionales, músicos que bailan, bailarines profesionales, aficionados o personas sin mucha experiencia en el joropo.

Cuando las clases terminan, cada estudiante puede conservar las partituras con frases (secuencias completas de pasos y música) para poder practicar luego y de esa forma, según Álvaro, se resguardan las coreografías porque a veces a uno se le escapan de la memoria.

La pandemia lo llevó a retomar algo que hacía mucho tiempo necesitaba su atención. Es un proceso complicado, pero ha sabido mantenerse a pesar de todo.

Busca siempre el lado positivo de las cosas, por eso dice que si no hubiera sido por la pandemia y por las circunstancias a las que lo llevó el 2020 no se hubiera decidido a enfocarse en ese proyecto que para él era algo personal, un proceso interno que había empezado, pero no había sabido cómo terminarlo.

Todo este proceso de creación lo ha llevado a visibilizar su trabajo y recibir recomendaciones o sugerencias de todo tipo. Lo ha llevado a participar en congresos de investigación en los que comparte con pasión su experiencia. Su emoción y orgullo al hablar de esto es algo evidente, es posible sentir su satisfacción por el trabajo duro y la convicción de alguien que entrega todo por hacer las cosas bien. Alguien con disciplina de bailarín.

Ahora busca crear productos digitales para explicar sus lecciones y hacer clases de baile a las que las personas puedan acceder en todas partes del mundo y que no sea estrictamente necesario tener un maestro justo al frente, esto con el fin de ampliar la cantidad de personas que saben y conocen algo de la cultura del llano.

La pregunta que le salvó la vida

Él nunca se imaginó que la pandemia le permitiría sacar adelante este proceso de notación y sostenerse gracias a él porque su trabajo se había visto gravemente afectado. Así que tomó de esa experiencia grandes enseñanzas.

—La enseñanza de la pandemia para mí fue la tranquilidad porque luego de vivir tanto tiempo en ese miedo y angustia lograr algo tan bueno es algo que se siente muy bien. Si de algo tan difícil en mi vida salió algo tan bueno, cuando tenga etapas más difíciles voy a estar seguro de que voy a mutar y cambiar mis preguntas para bien. Ahora valoro esa incomodidad porque estos procesos no se dan desde la comodidad. Surgen de no tener nada resuelto.

La pregunta que se hizo en la pandemia y que le permitió la creación de su sistema de enseñanza le cambió la vida y siente que no va a volver a ser lo mismo que era porque esto lo puso en una “ruta más interesante” en su carrera y le cambió la forma de percibir la danza y hacerse nuevas preguntas.

Actualmente se dedica a retomar los espectáculos y asesora de nuevo procesos de danza. Se encuentra trabajando con su notación y un nuevo proceso de formación en Bogotá llamado *D´raza* en el que enseña joropo en niveles avanzados. Para esto viaja dos veces a la semana de Villavicencio a Bogotá.

Además de esto, creó un curso inmersivo en el que permite a las personas viajar a su hogar en Tame y conocer de primera mano las prácticas y enseñanzas de su región. Desde la comida, la economía, la música, la flora y fauna, los paisajes y por supuesto la práctica del joropo desde su origen.

En el mes de julio está programada la realización de su tercer curso inmersivo. En las primeras dos versiones ya asistieron más de 10 personas y las opiniones han sido bastante favorables. Es un proceso que permite aprender del llano y vivir en él, conociendo sus dinámicas y dándole sentido a cada zapateo o paso que se enseña en una coreografía.

Admirar el joropo en un escenario transmite fuerza, valor, poder y templanza, las cualidades del llano, las cualidades que representa este llanero que, a pesar de las dificultades, logró sacar de una terrible situación lo mejor de sí mismo y de su cultura. Jamás se rindió y lucha cada día por demostrar el valor de la tierra que lo vio nacer, por enseñar desde el respeto las prácticas y la danza del llano y por resolver día a día y con gran tenacidad cada una de las preguntas que le formula la vida.

4. Una bailarina hecha de milagros

En la vida hay situaciones que no se pueden explicar, pasan por azar, por el destino, gracias a Dios o a lo que queramos creer. Pero la verdad es que cuando no podemos entender cómo un problema o una situación se resuelven de repente solemos llamarlos milagros.

Hablar con esta mujer es llenarse de paciencia, de ternura y de sensibilidad, pues eso es lo que transmite con sus grandes ojos azules, su cabello claro y su sonrisa siempre presente, perfectamente maquillada y con la postura tan correcta como una bailarina de ballet.

Su nombre es Dayra Jaramillo y es una mujer a la que la danza le salvó la vida en varias ocasiones, vive en Fusagasugá y es la directora de su propia academia: Alma Bella ballet.

A lo largo de su vida ha pasado por varias situaciones que pondrían a prueba la fe y resistencia de cualquiera. Es por eso que guiada por su fe, cree firmemente en los milagros porque según ella: “cuando uno cree que está totalmente perdido las cosas de Dios le dan esos mensajes de esperanza”.

Es una mujer emprendedora y llena de vida que se ve siempre joven, bastante arreglada y risueña a pesar de los días malos. Se ha dedicado a mil cosas porque según ella es una mujer muy polifacética. Ha sido modelo, actriz de videos musicales, asistente comercial, vendedora, bailarina, profesora de ballet, de salsa, de tango y productora.

Aprendió a trabajar por sus metas desde pequeña y hoy lo sigue haciendo para sacar adelante a sus dos hijas de 12 y 5 años. La vida la ha llevado a creer en los milagros y en que estos pasan cuando uno está preparado para recibirlos y como recompensa al trabajo duro.

Estudiando danza por casualidad

Cuando tenía 15 años Dayra empezó a trabajar como modelo y actriz, era una joven alegre que toda su vida había disfrutado de la danza. Al estar frente a las cámaras descubrió que la producción y dirección también le gustaban y por eso decidió estudiar Dirección de Cine y Televisión.

Desde pequeña había practicado ballet y salsa de forma empírica, aprendía de la forma que podía, esa pequeña niña de pelo crespo y alborotado alquilaba películas relacionadas con danza en VHS y usaba videos para practicar los pasos y coreografías que veía. Poco a poco fue creciendo y junto con ella el amor por la danza.

“Cuando hice el trabajo de grado para mi carrera de realización de cine y televisión, decidimos hacer un cortometraje para el que me fui a vivir seis meses al pacífico colombiano en lugares espectaculares pero que la gente conoce muy poco: el Charco (Nariño) y Guapi (Cauca).

Mientras realizaba su proyecto, pasó dos meses en Cali y allá conoció una escuela llamada Dance Models. Ya la había escuchado antes y aprovechó para comenzar a estudiar, tuvo la oportunidad de hacer un curso de salsa show para complementar lo que había aprendido antes. “Aproveché el tiempo y empecé a estudiar salsa. Un día la profe me dijo que en ese lugar también había un curso de técnicas de ballet y sentí que era un sueño porque siempre había querido estudiarlo. Me apunté al curso a pesar de que ya tenía 19 años y pensaba que era demasiado grande. Pero la profesora me dijo que por mi fisonomía y las nociones que tenía de forma empírica lo podía lograr”.

Su idea al viajar no tenía que ver con encontrar la danza como profesión, pero por casualidad encontró los cursos que luego le ayudarían a encontrar mejores trabajos porque podía presentarse como modelo, actriz, bailarina de ballet y de salsa.

Cuando regresó del Pacífico se dedicó a buscar presentaciones, eventos y trabajos en varias productoras gracias a la diversidad de sus habilidades y a su entusiasmo frente a cualquier oportunidad. Con cariño recuerda que hacía mil cosas a la vez. Podía asistir a la producción, era reemplazo de modelos cuando no podían llegar, conseguía actores, buscaba bailarines, bailaba, enseñaba y además de todo estaba embarazada de su primera hija.

El arte me sacó de la oscuridad del maltrato

La vida de Dayra continuaba y se sentía feliz, tenía varios trabajos, buena relación con su familia y también tenía una relación estable, por lo que todo parecía marchar bien. Aunque sin saberlo estaba a punto de enfrentarse a uno de los peores capítulos de su vida.

De forma repentina empezó a tener muchos problemas con su pareja, cada vez eran más grandes hasta que un día decidieron terminar con la relación. Pero poco tiempo después este hombre decidió buscarla y pedirle que lo intentaran de nuevo, le prometió cambiar y como forma de reconciliación le propuso matrimonio. Dayra muy enamorada aceptó, aunque según ella: “Ese matrimonio fue raro porque yo sentía que lo hacía solo por perdonarlo y porque él no se quedara solo”.

Ella tenía una pareja de amigos en Fusagasugá, una ciudad situada a 60 kilómetros de Bogotá y cada fin de semana viajaba con su pareja a visitarlos,

disfrutaba de caminar por la ciudad, el clima cálido, las piscinas y todos los planes que ofrece la llamada ciudad jardín.

La familia de Dayra y sus amigos más cercanos no apoyaban mucho su relación. Debido a esto, al momento de casarse, su amiga le aconsejó que se fuera a vivir a Fusa, así podrían empezar de nuevo, olvidarse de los problemas que tenían y dejar atrás los conflictos que les habían causado la familia y amigos de ambos.

“Yo le dije a mi amiga que sí, yo siempre he sido una mujer emprendedora, a mí nunca me ha quedado grande un trabajo y si tengo que empezar de cero 10 veces pues lo hago, entonces mi papá nos hizo un préstamo para comenzar un negocio y yo me fui a Fusa a buscar una idea de negocio que no tuviera tanta competencia y que pudiera funcionar”.

Después de hacer su estudio de mercadeo se dio cuenta de que la mejor opción era vender productos de aseo al granel y al detal, según ella ese negocio era bueno y tenía buenas ganancias. Fue así como compró todo lo necesario y decidió empezar una nueva vida con su nuevo esposo y en la ciudad que la había enamorado.

Tomó en arriendo un apartamento grande, montó todo para su negocio y en ese momento su matrimonio cambió. “Llegamos el 3 de septiembre y resulta que eso fue como si le hubieran echado agua bendita a un demonio, ese hombre se transformó para mal de una forma impresionante”. Había demasiadas peleas, él era muy grosero y agresivo y la comunicación no funcionaba.

Pasaron 15 días y decidieron salir a bailar a una discoteca para celebrar el día del amor y la amistad, era su luna de miel y estaban con la pareja de amigos, las únicas personas que conocían en la ciudad. Mientras estaban bailando y disfrutando de la noche el esposo de Dayra comenzó a coquetear con otra mujer. “Y de repente

este hombre empezó a mirar una vieja, obviamente estaba despampanante y divina, pero llegó un punto en el que mientras bailaba conmigo se perdía por verla a ella, lo peor fue que le dije y me fui a sentar y él se fue a bailar con ella. Pues imagínate de plena luna de miel con 10 días de casados”.

Cuando se terminó la fiesta, sus amigos se fueron y Dayra quiso llamar a su hermano porque quería hablar con él. En medio de los tragos empezó a reclamarle pues él, su único hermano, no había ido a su matrimonio porque no estaba de acuerdo con el esposo que ella había escogido.

Al terminar la llamada se dio cuenta de que había caminado lejos de la discoteca. Su esposo se había ido y la dejó sola, un poco ebria y caminando por la calle a las 3:30 am. Mientras caminaba dos hombres se le acercaron e intentaron robarla. Pero en ese momento llegó un hombre alto y fornido que fingió conocerla y la salvó de esos hombres. “Ese hombre fue otro milagro de esos que me manda Dios porque él me preguntó si estaba bien, me regaló un cigarrillo porque me gustaba fumar, aunque lo había dejado porque mi esposo me decía que eso no le gustaba y después el muchacho me acompañó hasta mi casa”.

Cuando Dayra regresó a su casa encontró a su esposo totalmente furioso, según ella jamás lo había visto así. En un ataque de celos la golpeó brutalmente. “Mi recibimiento en la casa fue una golpiza que jamás había vivido antes, ese hombre me destrozó la cara y me golpeó salvajemente cuando ni siquiera mi papá me ponía un dedo encima y ahí quedó mi matrimonio, mi luna de miel y mi día de amor y amistad”.

Ella se encontraba sola, en una ciudad en la que no conocía a nadie, llamó a sus amigos para que la ayudaran y ellos le aconsejaron dedicarse a orar, pasar el

duelo por la pelea y perdonarlo porque ese era su deber como mujer y como esposa y además debía ser sumisa porque los hombres son así.

Cuando habla de su historia de maltrato sus ojos se vuelven un poco tristes, cruza las manos y se siente algo incómoda pero su sonrisa jamás desaparece, esa es su marca personal y aunque se le quiebra algo la voz y la tensión se eleva, ella siempre sabe como volver a su estado de calma y se auto regula con de forma muy sutil y efectiva.

Tras una semana de oración con sus amigos y que su esposo llorando le jurara que jamás iba a volver a pasar ella lo perdonó y en ese momento de gran crisis económica y mental Dayra quedó embarazada. Según ella esa fue la experiencia más traumática de su vida.

Para superar la crisis económica le pidió a su esposo que buscaran trabajo porque su negocio de productos de limpieza no les alcanzaba. Ambos empezaron a buscar trabajo, pero ella encontró una oferta primera y sola tuvo que mantener su casa, el negocio y a su esposo porque él no le ayudaba de ninguna manera.

Así vivió todo su embarazo, lleno de peleas, maltratos y trabajo excesivo para ella. Él nunca consiguió ningún trabajo y para ella fue tan difícil encargarse de todo que su embarazo se complicó y tuvo un intento de aborto. Inmediatamente le pidió a su esposo que la llevara al hospital, pero él no quiso llevarla porque según él ella lo hacía por “llamar la atención y fingir que estaba enferma”. Al final Dayra tuvo que llamar a una compañera del trabajo para que la llevara a una clínica.

“Todos los días peleábamos y fue algo horrible, un embarazo como el mío no se lo deseo a nadie, por mi intento de aborto me remitieron para Bogotá por embarazo de alto riesgo y él aprovechaba para hacer fiestas en mi casa mientras yo no estaba”.

La decepción en su tono de voz es algo evidente porque ahora no puede creer que hay permitido tantas cosas, habla y se expresa como una persona muy sabia, pero que ha adquirido esta cualidad a pulso, con dolor y muchísimas lágrimas.

Dayra pasó en Bogotá el último mes de su embarazo y el primer mes de vida de su bebé. En ese tiempo tomó valor y, pensando en su vida, decidió alejarse de ese hombre. Le pidió que cuando ella llegara de nuevo a Fusagasugá ya no estuviera en la casa y se llevara sus cosas.

“Cuando llegué a Fusa vi que me desocupó el apartamento, se llevó todos los muebles y todo lo que yo había comprado. Llegué con una bebé recién nacida y una niña de 8 años y ni siquiera le importó en dónde íbamos a dormir porque hasta la cama se la llevó”.

Ese, sin duda, fue el peor momento de su vida, es algo que aún le duele contar y le hace temblar la voz. Tuvo una depresión post parto muy grave, su bebé nació con estrés y tenía ataques de pánico con tan solo dos meses, no tenía trabajo y estaba sola con sus dos hijas en una ciudad en la que no conocía a nadie. En ese momento solo se aferró a Dios y a sus niñas y los milagros empezaron a suceder.

El ballet me salvó la vida

“Luego de alejarme de ese hombre tomé la decisión de quedarme en Fusa y empezar de cero porque a mí nada me iba a quedar grande así que seguí trabajando, Dios me iluminó y mi hija me devolvió la idea del ballet”.

La hija mayor de Dayra tenía ocho años y desde pequeña había estado en clases y academias de ballet y quería continuar en Fusagasugá, pero solo había una academia y no estaba especializada en lo que a ella le gustaba. Así que su

pequeña hija le pidió que le enseñara ballet y ella aceptó, pero le pidió que les dijera a dos o tres compañeras del colegio para que no se aburriera aprendiendo sola.

Poco a poco las mamás fueron llevando más niñas, la contrataron para más clases y así nació Alma Bella Ballet la academia de ballet moderno de Dayra. “El ballet me salvó la vida y me dio las herramientas para recuperar mi vida, mi cuerpo después de mi segunda hija y sobre todo mi felicidad, ese fue otro milagro que me mandó Dios”.

Empezó a promocionar su academia y sus clases a través de redes sociales y su escuela comenzó a crecer, se pudo presentar con sus niñas en todas partes de la ciudad. Hizo presentaciones en eventos de la Alcaldía, de la Cámara de Comercio, con las juntas de acción comunal, en las novenas de navidad, etc. Todo esto sin recibir ningún pago porque lo que le importaba en ese momento era que sus niñas perdieran el miedo al escenario y que las personas comenzaran a conocer su trabajo.

El milagro de la última esperanza

Mientras empezaba su academia las presentaciones eran gratis y solo tenía 6 estudiantes entonces necesitaba conseguir ingresos para mantener a su familia, por eso imprimió muchas hojas de vida y se fue a recorrer uno por uno los colegios y jardines públicos y privados de Fusagasugá tratando de conseguir algún trabajo en lo que amaba: el ballet.

Durante muchos días entregó hojas de vida en todas partes y la respuesta siempre era la misma “cualquier cosa nosotros la llamamos”. Con el tiempo fue perdiendo la esperanza porque habían pasado muchos días y ya no tenía cómo sobrevivir. Si no conseguía algún trabajo iba tener que abandonar la ciudad que amaba, perder su orgullo y volver a Bogotá con sus padres.

Decidió tomarse un jugo en un puesto ambulante y mientras lo hacía le contó a la vendedora lo que estaba haciendo. La vendedora le preguntó si ya había ido al colegio que quedaba ahí cerca por esa calle y ella respondió que no. Era el único que le faltaba por visitar, pero le estaban realizando algunas obras de remodelación y la entrada estaba tapada, por eso no la había visto.

Dayra llegó a ese colegio pensando que era su última esperanza y al hablar con la secretaria le pidieron esperar para atenderla y luego de una hora la entrevistó la rectora de la institución y le dijo que Dios era muy grande porque ella estaba esperando hace rato una profe de ballet, que no quería dejar su colegio sin ballet y ese mismo día la contrató. “Ella fue como un ángel para mí y fue otra señal de Dios y del ballet para no abandonar mis sueños y quedarme en Fusa”.

Empezó a trabajar y logró tener un grupo de casi 80 estudiantes de ballet en varios colegios, fue mejorando su situación económica y la calidad de vida de su familia. Recuperó su confianza y empezó a invertir su tiempo y energía en sentirse mejor, en empoderarse como mujer y en la danza como su propio negocio.

Los caminos de Dios son “Diosidencias”

En el año 2020 se encontraba en la fiesta de cumpleaños de uno de los jefes de un colegio en el que trabajaba y se dio cuenta que no tenían nadie que tomara fotos oficiales ya que esta persona tiene una carrera política bastante importante en todo Cundinamarca.

Ella tomó la iniciativa y empezó a coordinar todo, consiguió una cámara, organizó a la gente, tomó las fotos, hizo videos y le dijo al jefe que eso era muy importante para una campaña política y que ella le podía ayudar porque ella, la profe de ballet también había estudiado medios audiovisuales.

Fue así como en marzo del 2020 esta persona le ayudó a conseguir un trabajo formal como la persona encargada de comunicaciones y el tema audiovisual en una institución del estado. En ese momento comenzó la pandemia y según ella ese fue otro milagro porque sin ese trabajo no hubiera podido salir adelante porque con el confinamiento prácticamente se terminaron sus clases de ballet en los colegios y su academia pasó de tener 25 niñas en modalidad presencial a 5 o 6 de forma virtual.

Una prueba más a la salud física y mental

A pesar de que la pandemia fue muy difícil se sintió muy bendecida porque tenía un trabajo y sus hijas estaban bien. Eso la mantenía fuerte y la ayudaba a sentirse bien mentalmente a pesar del caos en el que vivía el mundo en ese momento.

Sus crisis de salud mental continuaban, pero aprendió a manejarlas por sus hijas. “Tanta depresión me hizo aprender a ver las cosas de manera muy diferente, vivir de la danza y el maltrato por el que yo había pasado habían sido desafíos tan grandes y yo los había superado. Así que la pandemia no me iba a vencer y yo iba a seguir adelante como fuera, para mí no fue tan grave porque venía de algo que para mí fue mucho peor”.

En los meses más críticos de la pandemia vio a amigos del gremio que debían vivir de donaciones, de regalos de otras personas y sin ninguna ayuda. “Yo le agradecí a Dios porque yo estaba bien ayudando a otras personas que estaban en una situación terrible. Les daba algo de dinero y mercado cuando podía o les enviaba algo de la comida que yo preparaba en mi casa”.

En Fusa solo hubo dos campañas de apoyo a los artistas durante el 2020. Una de ellas solo fue por redes sociales, pero no se consiguió nada de ayuda. Por

otro lado, recuerda que en la segunda campaña les dieron un pequeño mercado de parte de la casa de la cultura y un almacén de cadena de la ciudad. “En la casa de la cultura yo pedí ayuda para mi academia más de 3 veces con proyectos completos, me ofrecí a donar mi espacio para montar el grupo de ballet de la ciudad, pedimos alguna ayuda para representar a Fusa en otros lugares y nunca nadie me ayudó. Una vez me dijeron que allá no apoyaban independientes y otra vez que allá no había trajes ni ayudas que no fueran para la rumba criolla (una danza propia del municipio). Si no me ayudaron ni a mí ni a nadie tiempo atrás pues menos en la pandemia”.

Las clases virtuales en su academia se hicieron muy difíciles a pesar de sus esfuerzos. Muchas niñas no podían concentrarse en clase porque eran muy pequeñas, había muchos problemas de conexión, las niñas se aburrían y se cansaban muy rápido y además era demasiado complejo corregir posturas o pasos tan exactos como los del ballet a través de una pantalla.

A pesar de los problemas Dayra siempre busca ver el lado positivo y mientras se ríe cuenta historias graciosas de niñas con sus perros, papás distraídos que aparecían en la cámara en toalla o ropa interior, todas estas situaciones alegres que le dieron a la pandemia un poco de humor para hacerla un poco más fácil de sobrellevar.

Aunque los ensayos eran bastante complicados logró convencer a los padres de familia de 3 niñas para que sus hijas pudieran realizar pequeños ensayos presenciales de forma individual. Esto debido a que logró participar con ellas en varios concursos virtuales, en los que ganó segundos y terceros lugares, algo que para ella es un gran motivo de orgullo porque sus niñas hasta ahora estaban

comenzando. Esto lo hacía para no dejar de bailar porque su trabajo en los colegios quedó totalmente cancelado debido a la complejidad de lo virtual.

Continuar con la vida

En el año 2021 la pandemia comenzó a ceder y las personas poco a poco pudieron volver a una nueva normalidad y eso fue lo que hizo Dayra. Con mucho trabajo empezó a recuperar sus estudiantes, consiguió 13 ya que los papás aún no estaban muy convencidos del tema presencial. También encontró nuevos espacios para sus ensayos, estuvo en otras casas, en un salón social de un club y en un gimnasio. Hoy está buscando un nuevo lugar, una casa grande para tener su academia en su propio espacio y no depender de otros.

Dayra tampoco ha dejado de aprender, se mantiene estudiando nuevas técnicas de ballet, danza contemporánea, jazz o tap para ofrecer nuevas clases en su academia. Quiere preparar más presentaciones, un recital y varios concursos para el nuevo año.

También sigue trabajando con la institución gubernamental y ha tenido la oportunidad de desarrollar su carrera en entornos sociales, ha podido dirigir charlas de empoderamiento femenino con mujeres de diferentes lugares y conocer historias parecidas a la suya que le permiten seguir creciendo como persona.

Dayra ha pasado por muchos obstáculos que pondrían a prueba la Fe de cualquier persona. Pero no solo no ha dejado de luchar, sino que ha dedicado su vida al servicio a las personas, a evitar que otras mujeres pasen por la misma situación que ella. Aún después de todo lo que ha vivido sigue creyendo en el poder del arte y de Dios.

Cree que vivir de la danza es posible, muy difícil pero posible. “No es nada estable y hay que tener varios trabajos al mismo tiempo para conseguirlo, pero no hay nada más maravilloso y gratificante.

La danza es una forma de vida muy difícil porque las condiciones económicas no son favorables, te juzgan por tu cuerpo y te piden medidas, peso, flexibilidad y habilidades que con el tiempo se pierden así que el rigor y la disciplina que implica muchas veces no son recompensados y por eso la gente prefiere dedicarse a otras cosas”.

Actualmente Dayra sigue viviendo pruebas de resiliencia, pero sus ganas de salir adelante la sostienen aún en los momentos más difíciles. “Después de toda mi historia encontré el amor, pero mi novio está muy enfermo ahorita, está en su segundo cáncer, pero hay que seguir, yo le ayudo a cuidarse, a que se cuide, a que haga sus tratamientos y se mantenga activo porque no solo quiero salir yo adelante sino ayudar a los demás a hacerlo también”.

Quiere dejar un legado a sus hijas y a sus estudiantes por eso les repite cada día que si te caes te levantas, siempre sin importar cómo fue la caída es algo que me enseñó el ballet. Y nadie más que ella para dar Fe de esto. “Busco ser un ejemplo de resiliencia para quienes me conocen y demostrar que es posible transformar vidas a través del arte”.

La historia de Dayra es el reflejo de la resiliencia de muchos bailarines, de su disciplina y vocación. A pesar de todas las adversidades ha logrado cosas que parecían imposibles y según ella aún no ha terminado. Su historia es un testimonio de esfuerzo, resiliencia, trabajo duro y amor al arte que deja ver que para vivir por la danza hay que hacer que los milagros pasen.

5. Una vida para enseñar

Creo que un gran maestro es un gran artista y hay tan pocos como hay grandes artistas. (John Steinbeck)

Un niño llamado Jose

Desde las prácticas cotidianas como caminar, tomar un bus o cruzar la calle, hasta los procedimientos más complejos como la realización de una cirugía o la construcción de un avión las podemos hacer porque alguien nos enseñó, por lo menos sus bases.

Jose David Ramírez es una de esas personas que entendió que dedicar su vida a la docencia no iba a ser nada fácil, por el contrario, sabía que tendría incluso más adversidades que las que tienen otras profesiones. Pero su pasión era la danza, la danza folclórica que había conocido desde pequeño en Zipacón, un pequeño pueblo de Cundinamarca en el que se dan eventos como el Festival del Retorno, las ferias y fiestas, el Festival de Flores y Frutas, entre otros.

Desde joven fue muy aplicado, hacía lo que debía y le gustaba siempre saber más. Esto explica por qué ha dedicado más de 30 años de su vida a la academia. “Yo he hecho de todo porque siempre fui juicioso, por eso soy licenciado en artes escénicas, magíster en educación y cultura, folclorista, docente, coordinador de la escuela de Tenjo Cundinamarca, asesor del patronato de artes y ciencias de Cundinamarca, jurado en eventos, tallerista y escritor”.

El profe me permitió conocer su historia, sus logros y las cosas que lo hacen ser él mismo. Durante varios meses me fue posible acompañarlo en varias entrevistas que dejan ver lo que lo transformó de un joven humilde a un gran maestro con casi 30 años de experiencia enseñando a las personas a vivir por y para el arte de bailar.

Desde pequeño conoció la danza viendo las presentaciones y los festivales que se celebraban en su pueblo, estos llamaban mucho su atención y le permitían disfrutar tiempo en familia. Así fueron sus primeros años y a los ocho o diez años comenzó a bailar.

Su primer maestro fue Juan Manuel Martha, quien logró enamorarlo del arte y de la historia porque bailar no solo es con los pies y el cuerpo, es necesario saber de historia, de técnica, de teatro, ubicación espacial, anatomía y muchas otras cosas que no se ven al momento de la puesta en escena. En ese momento Jose veía la danza como algo bonito que le permitía invertir bien el tiempo, pero no sabía que había comenzado el camino de su verdadera vocación.

Cuando empezó a bailar no había un grupo de danzas establecido en Zipacón, así que por iniciativa del profesor Juan Manuel se reunieron varios chicos que comenzaron un proceso de cero, no sabía mucho del tema, pero sentía una alegría diferente cuando podía bailar con sus compañeros, siguió bailando muy seguido y con esos sus habilidades empezaron a perfeccionarse. Cada día mejoraba sus pasos, series, figuras, coreografías, etc.

A sus 11 años comenzó a participar en competencias y festivales, siempre le ha gustado viajar, entonces la experiencia de conocer otros pueblos o ciudades cercanas gracias a la danza era más que emocionante, de igual manera, esas experiencias le daban la oportunidad de ver y practicar otras modalidades de danza en talleres o clases especiales que su profesor les conseguía.

Dentro de estas clases pudo conocer la danza contemporánea y la danza popular, las cuales le permitieron mejorar varios aspectos de su puesta en escena, pero sobre todo le permitieron darse cuenta que su pasión y su vocación estaban en la danza folclórica. Según él, estas clases y talleres no fueron perdidas, sino que

nutrieron la visión completa de lo que significa la danza en su vida, reforzando aspectos como la técnica y la ejecución.

Pasaron casi doce años antes de que Jose dejara ese grupo de danzas, cada día tenían más reconocimiento, más presentaciones, invitaciones más importantes y viajes más lejanos. Estos eventos lo retaban a ensayar más porque debía ganarse el derecho a ser parte de los bailarines que conformaban una coreografía y eso no era algo fácil de conseguir.

La pedagogía cambió mis ideas

Cuando salió del colegio tuvo la oportunidad de trabajar como formador en un pequeño grupo que estaba comenzando porque ya algunas personas lo reconocían por su trayectoria en el grupo de Zipacón, fue así como tuvo sus primeras experiencias con la pedagogía. Aunque le gustaba mucho la danza no tenía los recursos necesarios para poder empezar a estudiar así que aprovechó que pudo conseguir ese trabajo y se dedicó a enseñar lo que sabía hasta el momento.

Luego de esto se reafirmó la idea de tomar la danza como algo profesional, ya que tenía varias motivaciones como el trabajo para el que lo recomendaron o las presentaciones con su grupo de danzas, poco a poco comprendió que su vocación era reproducir y enseñar este antiguo arte y comenzó a aprender todo lo que se podía saber de este tema en libros y otros recursos que buscaba por su cuenta.

Enseñando danza, ha podido, según él, “afectar” muchas comunidades como Tenjo, Bogotá, Tocancipá, Sopó, Cajicá, Funza y otras más que le permitieron adquirir progresivamente la experiencia que no tenía como educador. Así fue como la investigación de comunidades, de cultura y de enseñanza del arte llegaron a su vida, se dedicó a estudiar, a aprender de todos los maestros que se encontraba

como los directores de las casas de la cultura en las que estaba, los profesores de danzas, cultores que daban conferencias en los concursos, artistas, etc.

Gracias a todas estas experiencias se dio cuenta de que la danza no es solo algo recreativo, sino que según él “permite construir identidad y tejido social”. Es por esto que decide comenzar sus estudios en artes escénicas para seguir conociendo de arte y de cultura.

Este tema no ha dejado de causarle intrigas y preguntas y por eso aún hoy cuando se encuentra cursando su maestría decidió enfocarse en la investigación de temas relacionados con el impacto de la danza folclórica en las comunidades. Según Jose “desde hace muy poco se acepta la danza como profesión y hay muchas preguntas que surgen de investigar la danza y la historia dentro de cada comunidad”.

Justo una de estas historias con comunidades lo marcó como docente: “Alguna vez pude trabajar en un municipio con la casa de cultura, pero no en el centro, sino en esas veredas a las que no muchos quieren o pueden llegar y eso fue de lo más gratificante porque fue una forma muy bella de poner en práctica casi que todo lo que había visto en la carrera, yo ya llevaba muchos años trabajando y ya con la experiencia podía hacer muchos talleres y todas las clases se sentían magistrales”.

Todos los niños de la vereda amaban a Jose y las clases, entonces esperaban toda la semana para poder verlo y participar en las mil actividades que se le ocurrían: Laboratorios de composición de juegos coreográficos solo para niños, juegos de rol, coreografías con cuentos, etc. Pero como en muchos casos se terminó el periodo de gobierno de la administración de turno y cuando la nueva llegó se quedó sin trabajo y tuvo que abandonar a los niños de las veredas. “Aún me hace

falta ir, pero me quedo con la experiencia y con que allá descubrí que siempre hay una danza para cada ser humano”.

Familia y danza

Jose David es de una familia campesina con valores tradicionales, por esta razón sintió algo de temor cuando quiso contarle a su familia que quería dedicar su vida a la danza, afortunadamente sus padres lo tomaron bien pero sus tíos y demás familia fuera de su núcleo tenían según él “la mente un poco más cerrada porque se tiene el estereotipo de que los hombres que practican danza van a cambiar su sexualidad entonces había recelo y ciertos comentarios que sobresalen sobre todo cuando hay alcohol de por medio”. En ese momento necesitaba apoyo y aunque fue difícil lo encontró en sus padres y eso fue más que suficiente.

Desde muy joven Jose tuvo que trabajar en muchas cosas en su pueblo para poder mantenerse y sobrevivir ya que su familia no tenía comodidades. Pero cuando ya pudo empezar a trabajar en danza su padre le preguntó si de verdad eso era lo que le gustaba y le dijo: “Si de verdad eso le gusta hágalo bien, prepárese y estudie y hágale”. En ese momento Jose se sintió afortunado y dice que fue bendecido porque su padre lo apoyó en algo que muchos padres en ese tiempo no veían como algo bueno porque la cultura machista estaba demasiado marcada.

Sus vivencias personales le permitieron encontrar muchos fenómenos sociales que comenzó a estudiar. Por ejemplo, está seguro de que hasta el día de hoy existe un fenómeno en el que se desestiman las artes y no se comprende que no son solo algo recreativo. Esto causado porque hace treinta o cuarenta años existían algunas representaciones de algunos ballets en las que se buscaba vender una idea del cuerpo y la danza que no representaba a las personas de las

comunidades de la época, sus culturas o tradiciones, lo que ha generado mucha resistencia en los territorios y creado prejuicios que relacionan, por ejemplo, la forma de bailar de un hombre con su orientación sexual o la de una mujer con la lujuria y el adulterio.

Otro de los sucesos que generaban más prejuicios dentro del mundo del baile en esa época era la participación de la mujer. Según Jose David antes del siglo veinte solo bailaban los hombres ya que a las mujeres se le restringía el acceso a la danza porque la iglesia no lo permitía, porque era tabú la forma de moverse, era algo indigno porque la llevaba a cosas como la promiscuidad. Pero con el tiempo las comunidades empezaron a incluir a la mujer y la historia comenzó a ser diferente.

Desde sus inicios, siempre han existido prejuicios relacionados con la danza y, por eso, según Jose David, “es importante investigar y conocer el origen de las cosas que se hacen para identificar por qué las comunidades actuaban de cierta manera o por qué se hacen ciertos movimientos en vez de simplemente repetir de forma mecánica lo que se ve en otra persona”. De ahí nace el folclore del que él se enamoró y que hasta hoy continúa estudiando.

Jose no puede evitar analizar todo lo que ve en el mundo de la danza, su cabeza funciona como una máquina en busca de respuestas y su curiosidad siempre lo lleva a aprender más. Por ejemplo, viendo el carnaval de Barranquilla llegó a la conclusión de que la historia es importante para ejecutar una puesta en escena, como en dicho evento nacional se incluye música, baile, teatro y otras artes para contar una historia y descifrar por qué las comunidades actúan de cierta manera, usando personajes de hace muchos años que siguen siendo representados para transmitir tradiciones hasta los más pequeños.

Cuando empieza a hablar, llegan a su cabeza miles de historias, referencias, libros, bailarines y muchas cosas más y parece que nunca va a terminar de hablar. Pero esto pasa porque nunca se cansó de aprender y de hablar de arte y cultura.

Los bailarines también comen

Cuando se vive en Colombia y se decide ser bailarín, se decide también vivir una situación económica que en la gran mayoría de casos no es nada sustentable si no se tiene una familia acomodada. Es necesario ingresar a una compañía y tomar diversas clases prácticas y teóricas que casi nunca se certifican, es necesario conseguir toda la indumentaria adecuada para poder bailar un tipo de danza en específico; las zapatillas para ballet, las trusas, las alpargatas, los tenis, etc.

Además, se necesita tiempo para practicar y por eso obviamente no pagan, también conseguir presentaciones e invitaciones que muchas veces están en manos de un grupo reducido de personas, entre muchas otras situaciones que implican que el estudio de la danza no genere muchos ingresos hasta el momento en el que ya se es profesional o se monta una academia.

Dice Jose David que “para un bailarín eso hace parte del arte de practicar danza, hacer rifas, bazares, colectas o cualquier cosa que permita conseguir recursos para un viaje, un taller o los elementos necesarios para una clase o una danza específica”. Él no fue la excepción, aunque contaba con el apoyo de su familia la situación económica lo obligó a que desde muy joven buscara trabajos en tiendas o supermercados para poder costear su proceso como bailarín.

Mientras habla mantiene el ceño fruncido, se pasa los dedos por el cabello corto y negro como queriendo recordar los datos que le faltan. Físicamente se ve como alguien sabio, unas pocas canas reflejan lo arduo que ha sido su trabajo y su

mirada a veces cansada refleja la cantidad de cosas que hace cada día aunque ya no con la vitalidad de siempre.

Así retoma comentando que el problema económico no termina solo con estudiar danza y hacerse profesional, por ahí solo empieza la cosa; y no es algo propio de la danza sino de todas las artes porque no se tiene una industria cultural creada para los artistas.

Jose cuenta una anécdota en la que pudo trabajar con el SENA, teniendo como tema principal las competencias laborales necesarias para la danza, una de las conclusiones de este debate es que en estos espacios se forma un intérprete para un mercado que no existe, ya que no hay un sistema estructurado en el que a un bailarín se le pague por bailar o son muy pocos los espacios o géneros en los que esto ocurre.

Según el profe, “en Colombia no es muy común que una persona que se dedique a la danza reciba un salario únicamente por bailar, debe ser docente, investigador o tener una experiencia bastante considerable para ser jurado de un concurso. Pero nada de esto es algo fijo porque solo se les paga por un show. Por ejemplo, a muchos bailarines de tango o de salsa les pagan por animar una fiesta o por un show corto, o en los llanos orientales en los restaurantes les pagan a una o dos parejas por bailar una hora de joropo, pero nada más”.

Más allá de esto, las posibilidades de sustento de un artista son los festivales, concursos, etc. Cabe resaltar que en estos eventos muchas veces no se dan estímulos económicos por participar, solo en algunos casos se dan premios económicos, pero solo a un grupo o bailarín ganador, pero de igual manera los gastos de trajes, transporte, alimentación y hospedaje deben ser cubiertos casi siempre por los mismos bailarines.

Por esta razón, en muchos festivales los grupos deben quedarse en colegios o canchas y deben traer sus propias colchonetas para dormir, llevar cobijas y todo lo necesario para el concurso. De ahí la dificultad de dedicar la vida a un arte que pide tanto del cuerpo, del bolsillo y de la vida, pero cuyas retribuciones no son siempre las mejores.

Igualmente, en estos concursos o festivales se la paga únicamente a ciertas compañías, pero no existe como tal un sostenimiento para cada miembro. Según Jose, es algo que ha tenido que vivir toda su vida, pero aun así lo ve con ojos de esperanza y dice que, aunque la industria no se enfoca en los bailarines también tiene grandes ventajas.

La danza y sus fenómenos

Para él, bailar es un acto de libertad o de algo que se comparte con el mundo y que no siempre debe llevar a un tema económico. Pero también reconoce que la danza ejecutada si es un gremio muy importante para hacer cultura y de ahí sostener una economía.

“Aunque no se paga por bailar se paga por enseñar, es por eso que en uno de los sectores en los que más se ha podido relacionar la danza es el sector educativo, es en lo formativo porque es casi la única opción que tienen los que se dedican a esto”.

Jose dice que según el Ministerio de Cultura los colegios deben ofrecer a sus estudiantes alguna clase de artes o, específicamente, danza. “De igual manera en la mayoría de los colegios del país se fomenta la danza para celebrar eventos como: clausuras, días de la familia, celebración de días patrios, etc. Pero esto se convierte en una práctica pedagógica y no propiamente artística”.

Otro de los fenómenos que Jose ha vivido desde hace más de veinte años en Cundinamarca son las escuelas de formación de las alcaldías, ha tenido la oportunidad de trabajar con varias de ellas en diferentes municipios y por periodos de tiempo diferentes.

Según Jose, al principio se trabajaba con danza, música y teatro y poco a poco se fueron vinculando más procesos en diferentes lugares y fue ahí cuando se evidenció que en Cundinamarca no había formadores acreditados suficientes para todas las escuelas de formación entonces había que traerlos de otros departamentos.

Cuando estos maestros llegaban al departamento, enseñaban danzas propias de sus regiones y así muchos docentes locales empezaron a aprender también, dando origen a un “compartir cultural de Colombia”. Jose se inscribía en todos los que encontraba para poder aprender todo lo que pudiera y transmitir esos conocimientos a sus propios estudiantes. “Mientras tanto, los colegios y casas de la cultura buscaban personas locales con conocimiento en danzas para dar clases en todos los municipios. Fue así como se creó la necesidad de buscar más docentes y poco a poco se formó esa industria, no de la danza como show, sino como estrategia pedagógica”.

Las escuelas seguían en la búsqueda de docentes locales pero la realidad era que casi ninguno podía certificar sus habilidades, muchos eran bailarines, pero no tenían ninguna formación en pedagogía. Entonces las instituciones solicitaban un perfil determinado para contratar un formador en danza, pero muchas veces no existía porque la persona tenía muchas clases tomadas como Jose, pero nada que respaldara su experiencia o su conocimiento.

Como consecuencia de esto, nace el tema de la profesionalización de las competencias, una iniciativa que apoya a muchas personas dedicadas a la danza desde hace muchos años pero que, por condiciones económicas o porque no hay muchas opciones, ya que en Colombia no existen muchas carreras de formación relacionadas con danza, no han podido certificar su conocimiento de manera formal.

“Yo soy el resultado de esa idea de darle la profesionalización por competencias a los formadores, yo empecé bailando con mi grupo de danzas, luego se me dio la oportunidad de trabajar en jardines y colegios, pero a través de los años participé en muchos talleres de formación y me capacité de forma empírica o autodidacta y fue así como pude certificar que sabía de danza”.

Jose de hecho, no es profesional en danza sino que es licenciado en artística, porque para lo anterior no había muchas opciones: “Está la Universidad de Nariño, en la Pedagógica están por abrirlo y también la Academia Superior de Artes de Bogotá, que tiene muy buenos programas, pero el problema es que son programas regulares en los que uno tiene que asistir todo el día o jornadas completas y por lo menos las personas que trabajamos todo el día no podemos dejar de hacerlo para ir a estudiar”.

Esto ha llevado a los bailarines a formarse únicamente de manera empírica porque deben tomar una fuerte decisión: ¿trabajo o estudio? La respuesta es casi siempre la misma, trabajo porque hay que sobrevivir y comer.

Cuando Jose David empezó a tener experiencia en enseñanza y pedagogía, comenzó a ver la agremiación entre sus compañeros bailarines, formadores, gestores culturales, etc. De estas redes de información nacen instancias como el Consejo Nacional de Danza y Cultura, que busca promulgar y defender los intereses del gremio de la danza en el país.

Según Jose David, dentro de este consejo se hacen esfuerzos por profesionalizar la labor de muchas personas como él, es así como se ha logrado que maestros, gestores culturales y coreógrafos certifiquen sus conocimientos con universidades como la Universidad de Antioquia o la Universidad Distrital, esto es un comienzo, pero aún queda mucho por hacer ya que se ha podido certificar únicamente al 10% de las personas que hacen parte del gremio.

“Si me preguntas si se puede vivir solo de la danza, te digo que se puede, yo lo he hecho estos últimos 20 años. Tengo mis cosas, mi carrera, mi patrimonio y mi familia por la danza. Pero no es fácil, no es solo bailando sino con la gestión de ese baile, montando un buen grupo, haciendo un festival, haciendo investigación o casi siempre todas al tiempo, no es solo bailar sino las posibilidades que da ese saber del baile”.

Según Jose, todo bailarín tiene un “sueño americano” que es bailar y no muchas veces enseñar, es algo que pasa como con los músicos y los cantantes. Jose, por ejemplo, baila por gusto, porque siempre lo ha disfrutado y cuando decidió estudiarlo fue para hacerlo mejor y no para enseñarlo, ya cuando pudo trabajar se necesitaron las oportunidades y fue ahí cuando apareció la enseñanza porque en Zipacón no había muchas más posibilidades.

Él tuvo que trabajar desde muy joven y ha sido vendedor en moto, en almacenes, ayudante de construcción y muchos otros trabajos antes de tomar la pedagogía y la danza como camino de vida. “Yo pude empezar a trabajar en los jardines del ICBF, eran niños de 2 o 3 años y fue todo un reto porque yo era bailarín, el profesor Martha nos dio algunas ideas sobre pedagogía y a veces nos enviaba a las veredas a hacer algunas prácticas o nos pedía ayuda para montar algún baile con otro grupo, pero nada más”.

En ese momento la pedagogía llegó a su vida, no lo hacía mal, pero era algo que le generaba muchas preguntas. Pero, según él: “Los niños son otra historia, son un gran reto y casi como por sentido de supervivencia me tocó aprender a hacerlo. Comencé a llenar de preguntas a otros e hice algo muy importante que es la observación y eso me llevó a la práctica. Haciendo las cosas es como realmente te das cuenta de que sirves o no para eso”.

La pedagogía siempre es una opción y una buena, pero no para todos. Existen muchos alumnos de Jose que según él son excelentes bailarines, pero no tienen la vocación ni la visión que se necesita para enseñar. “Para poder ser un buen maestro y aprender a enseñar es necesario tener muchas habilidades que se estudian o se adquieren más por vocación”. Es por esto que el enseñar danza es algo que tampoco termina de aprenderse.

Para Jose, montar una coreografía puede ser fácil pero lo difícil es conocer el proceso de los demás y eso es lo más bello de la danza, que siempre hay un proceso de exploración en el que hay que hacer que un intérprete adquiera todo un conjunto de capacidades y para eso hay que explorar y equivocarse muchas veces.

Después de veinte años de experiencia, todavía sigue aprendiendo a enseñar, trabaja con cosas administrativas y muy académicas, pero es el más feliz cuando llega a su casa y puede irse a enseñar y bailar en su grupo *Hazañas* hasta las once de la noche. “Si yo pudiera elegir, me quedaría solamente estudiando para enseñar”.

Los hijos que me dio la danza

Cuando se es formador se deja todo de sí mismo en un grupo o en un proyecto y esto fue lo que hizo Jose muchas veces, por eso tuvo la posibilidad de participar en la creación de varios grupos que se mantienen hasta hoy.

Mientras habla de sus grupos se siente más que orgulloso, su posición cambia y se ve más seguro porque sabe el alcance de lo que ha hecho, su expresión parece ser la de un padre que habla complacido de cada uno de sus hijos.

Jose suspira y luego dice que uno de los proyectos con los que ha podido trabajar es el grupo de danzas Bacatá dentro de Funza Cundinamarca, dentro de ese proyecto hay más de 70 grupos de todos los tipos de danza: contemporáneo, ritmos latinos, moderno, folklore de escena, folklore de tradición, entre otros. Funza es un municipio en el que se le apuesta mucho a la danza y a su enseñanza.

Pero además hizo parte también de la Escuela de desarrollo artístico de Bogotá, un proyecto que inició en Suba y que ya tiene casi 20 años. Han sido entre diez y quince veces campeones de danza distritales. Jose comenzó con jóvenes del barrio o de los colegios a los que iba allá en Suba o se iba a los bares y veía a los muchachos que les gustaba bailar y los invitaba a aprender otras cosas como joropo o torbellino y así fundó ese proyecto. “Era un gran proyecto, pero como no es tan fácil vivir de estos proyectos ahí me fui a trabajar en la sabana de Bogotá y en Tocancipá 10 años, fundando otra escuela que también es muy buena llamada los pisabarros”.

Este es otro de los grupos que fundó Jose y en este momento hacen parte de los más representativos de Cundinamarca y practican danzas tradicionales de esta región. “Son torbellineros, eso les encanta y yo llegué allá a hacer un proceso de investigación de territorio con los adultos mayores, ellos no sabían cómo se llamaba lo que bailaban, pero luego de esa investigación nos dimos cuenta que era torbellino y tiempo después cuando me fui de ahí le entregué esa investigación a los mismos muchachos”.

Dentro de la carrera de Jose también están las casas de la cultura o escuelas de formación de los municipios, ha trabajado en varias de ellas pero cuenta que no hay mucha estabilidad porque el municipio contrata a un profesor y comienza todo el proceso, sienta las bases de trabajo, empieza la formación de los niños o bailarines, gestiona cosas como concursos o trajes para los estudiantes pero en cuatro años cuando el proceso aún es muy joven llega otra administración y derrumba muchas veces todo para comenzar de nuevo, con otras, ideas, otras personas y otros procesos que de alguna manera reinician los conocimientos de los estudiantes.

Tuvo la oportunidad de trabajar también como director del grupo de la Universidad Nacional durante muchos años, en ese no tenía ni un plan ni una política que le brindara seguridad o estabilidad, pero él no desistió y lo seguía haciendo según él porque “los chicos son muy buenos y porque toca sobrevivir, pero muchas veces eso no me ayudaba y no me daba ni para comer, entonces me tocó buscar otras cosas y dejarle el proyecto a los chicos para que siguieran adelante solos”.

Todos los procesos en los que Jose ha trabajado lo han marcado y le han enseñado muchas cosas, le han dado alegrías e infinitas enseñanzas para poder llegar a lo que es el día de hoy. Pero sin duda su proceso más importante es en el que se encuentra trabajando en este momento y es como coordinador del Técnico Laboral por competencias en danza en el Centro Cultural Bacatá de Funza Cundinamarca.

Este proyecto nació hace 5 años por la necesidad de crear un programa que permitiera formar en competencias laborales a las personas que hacían o no parte del gremio de la danza ya que en Colombia hay gran demanda de docentes y muchas veces los bailarines salen al mundo laboral, pero sin ninguna formación

formal y por eso se crea esta opción que los enfoca en temas de gestión y pedagogía.

Este programa está abierto a cualquier persona, dura dos años, es un programa social y hace parte de las políticas públicas del Centro Cultural y por eso es muy económico y no tiene muchos requisitos más allá del grado noveno de educación básica.

Además, les permite a los estudiantes hacer convenios con universidades para salir y luego continuar el proceso para ser profesionales. Jose David hace parte de este proceso hace tres años y eso le cambió la vida no solo a él sino a muchos estudiantes de diferentes partes del país que lograron establecer sus competencias para poder ejercer en lo que les gusta a través de un programa que ya cuenta con maso menos doscientos estudiantes, jornadas los sábados, nocturnas, presenciales y semipresenciales para que todos puedan acceder.

El programa logró acoger de igual forma a estudiantes de inclusión que han podido graduarse y tener un título en este programa teórico-práctico que tiene también cursos virtuales y laboratorios.

Durante el tiempo en el que Jose David ha podido trabajar con la danza se ha dado cuenta de que las necesidades específicas de un grupo de personas varias veces las hacen agruparse y de esas agrupaciones han nacido muchos proyectos y planes de trabajo que los han ayudado a mejorar sus condiciones. Este es por ejemplo el caso de la danza, que gracias a esas agremiaciones ha tenido la posibilidad de mejorar las condiciones o aumentar las posibilidades de: bailarines, gestores culturales, formadores, maestros, coreógrafos, cultores, etc.

Según Jose el gremio necesita que las instituciones y los territorios se tomen el trabajo de valorar, dignificar y fortalecer los procesos de formación desde el

respaldo a quienes los manejan porque son ellos los encargados de reproducir esos conocimientos y de involucrar a más personas para que así se conserven las tradiciones y se perpetúe el arte de la danza.

Es por eso que ha trabajado en varios procesos con el fin de crear políticas públicas o administrativas entendiendo el arte como un medio de transformación social. Pero reconoce que “muchas veces esto se permea de ideologías políticas que se alejan del objetivo principal y no se hace mucho”.

Dentro del gremio también hay subgrupos por regiones o por géneros que son bastante unidos, eso puede verse en festivales o según Jose en momentos de adversidad porque es el momento en el que más se acude a los compañeros, como herramienta de respaldo para una nueva idea o para poder iniciar un proceso particular con un grupo.

Un claro ejemplo de la agremiación en tiempos difíciles se vivió en la pandemia por el COVID 19, es una de las oportunidades en las que el gremio se vio más afectado y esto generó que las personas se pusieran de acuerdo y comenzaran a buscar soluciones en conjunto porque vieron en gran peligro a todos los miembros del sector de la danza.

Pero no siempre el gremio actúa unido, muchas veces se nota la desigualdad y funciona según Jose como un “Sálvese quien pueda”, por ejemplo, en tiempos de elecciones políticas, muchas veces se usan las influencias de un maestro en sus estudiantes o en sus familias para conseguir votos con el fin de asegurar mejores condiciones para un grupo o para ciertas personas durante algún tiempo. “Muchas veces los políticos nos buscan para conseguir esos votos porque somos personas que manejamos hasta treinta familias con nuestros grupos o con las familias de nuestros niños”.

Estas cosas han logrado separar mucho al gremio, pero también han existido esfuerzos por unirlos, es el caso de un gestor cultural que Jose recuerda muy bien: Francisco Beltrán Moncada, quien hace diez o quince años comenzó a trabajar por Cundinamarca. “Él fue el único del gremio que logró algo que solo se hacía en los encuentros de bandas, logró reunir a casi todos los miembros del gremio del departamento, mostramos danzas y la investigación de cada una y con ese pretexto nos empezamos a conocer y a agremiar, hacíamos tertulias y nos decíamos entre nosotros que había que hacer algo porque todos estábamos jodidos”.

Luego de esto se empezaron a hacer encuentros y a programar reuniones con el fin de continuar trabajando por el sector y se crearon procesos en los que Jose estuvo bastante activo como la red Tierra del cóndor que buscaba también unir al gremio en eventos y en investigación pero que en el momento no funcionó como se pensaba. “Nosotros no sabíamos de administración ni de gestión pública y por eso no sirvió mucho el proceso pero eso nos dio pie para entender cosas y crear organizaciones que hoy en día nos representan como la Asociación Departamental de Danza, en estos momentos se piensa también en algo más grande, se piensa en una federación nacional de danza para hacerle ver al país y al estado que el sector de la danza es un sector importante y productivo que afecta a los territorios desde la danza como práctica patrimonial, como arte y posibilidad de conexión con la paz, todo es un proceso y ahí vamos con eso”.

Jose se apasiona por el tema, lo estudia, pregunta y se nota que sabe de lo que habla porque no puede evitar ser muy expresivo al respecto. Luego hace la comparación con países como Argentina en los que sí existen políticas que mejoran las condiciones de las personas que hacen parte del sector y por eso recalca que es muy importante seguir formando a los gestores para asegurar las condiciones para

todos, dice que es muy difícil pero que él sigue luchando porque sabe que la gente sí quiere hacerlo, pero no ha sabido cómo.

Su reflexión del género es optimista, se emociona y se le ve que tiene fe en esa causa y que quiere motivar a otros a que también la tengan, mientras tanto me dice: “Camila hay que trabajar por la civilización del espectáculo porque la gente pague por ver cultura como paga por ver fútbol, pero que no solo la vea, sino que entienda y le de valor suficiente a esas prácticas para reconocer que hacen parte de nuestra identidad y de quienes somos”.

Tiempos de excesiva reflexión

Hace algún tiempo Jose estaba trabajando en varios proyectos como formador y también en la academia cuando repentinamente apareció un virus del que nadie sabía nada y que en menos de 6 meses le cambió la vida al mundo entero y lastimosamente acabó con la vida de millones de personas.

En el caso de Jose David su encierro fue siempre solo y eso lo hizo interesante para él, al menos parte de él. Al principio lo vio con ojos de optimismo, como todos, pero luego el aburrimiento, el cansancio y el estrés comenzaron a ser cada día más evidentes. Pero él tuvo que refugiarse en aprender y estudiar, algo que le apasiona desde hace años y que no había podido hacer con la dedicación que quería porque no le quedaba mucho tiempo.

“Aunque vivir solo me sirvió para concentrarme en muchas cosas y fue un espacio interesante, hubo momentos muy difíciles en los que el aburrimiento era algo imposible de soportar”. Jose es alguien muy activo, que corre, baja, sube y nunca se queda quieto, ni siquiera en las entrevistas virtuales y por eso el estar

quieto en un espacio sin poder moverse ni pasearse explicando con mil palabras y con el cuerpo los temas de los que sabe mucho no se le dio del todo bien.

Según Jose, lo más difícil de la pandemia fueron las clases virtuales porque hacer danza así es demasiado difícil. Durante este tiempo estaba trabajando en Funza y ahí dictó varias clases teóricas, con esas no tenía ningún problema porque era cuestión de organizarse, ver documentales y comentar, producir contenido, escribir estados del arte y todas las cosas teóricas necesarias para el estudio de la danza, pero las clases prácticas eran las que lo hacían llegar al límite de su creatividad.

Las clases dependían del internet de los chicos, del audio, de cómo se acomodara la cámara y de muchas otras cosas de las que nunca se había preocupado. Por otro lado, al enseñar danza de forma virtual se vuelve una tarea casi que imposible poder evaluar los movimientos coordinados en grupo, darse cuenta si los brazos o la cabeza están bien ubicados, si la postura es correcta, si se pierde el ritmo o si los bailarines se adelantan en el tiempo de la música.

Cada día se sumaban más problemas y cada día era una lucha constante por no perder la atención de los estudiantes y por evitar que las clases se tornaran aburridas y monótonas. Sin nombrar la frustración de tener mucha experiencia e ideas para enseñar de manera práctica y que de repente ninguna se pueda materializar. es un nivel de frustración difícil de igualar.

A pesar de esto los espacios virtuales lograron muchas enseñanzas en la vida de Jose, por ejemplo, logró darse cuenta que hay cosas irremplazables como las artes vivas en las que se tiene contacto y se transmiten muchas cosas que ni el mejor internet ni el mejor computador podrían ofrecer en una clase virtual.

El tiempo pasaba y Jose se mantenía optimista a pesar de lo complicado que era seguir encerrados, pero mantenerse así se volvió casi que imposible cuando empezó a ver la situación tan difícil que tenían muchos de sus amigos y compañeros del gremio. Tuvo que ver cómo algunos de sus conocidos y amigos cerraban sus academias y pasaban por situaciones tan difíciles que no les permitían ni siquiera comer o mantener un techo digno. “Si tuve que ver a muchos amigos en situaciones muy complejas en las que no podían ni comer y peor aún el caso del director del Patronato Colombiano de Artes y Ciencias que falleció y eso para mí fue demasiado impactante”.

Las personas seguían muriendo y llenándose de miedo por las noticias que a diario se veían y que no eran para nada alentadoras, para Jose era difícil asumir una buena actitud porque los estragos de la pandemia eran muy fuertes, muchos se quedaron sin trabajo, sin casa, sin academias y sin grupos que les permitieran sostenerse o conseguir alimento.

Su situación tampoco era la mejor, pero en ese momento se encontraba trabajando con el grupo de la Universidad Nacional y en Funza con el técnico laboral en Danza, debía ser agradecido ya que tenía trabajo, no solo podía mantenerse con algo, sino que podía ocupar su mente y tratar de olvidar por un momento el aterrador panorama que había en televisión.

Dentro de los grupos que administraba Jose las cosas comenzaron a cambiar mientras avanzaba la pandemia, el número de estudiantes se redujo de forma dramática, especialmente en el técnico porque la dura situación de las personas no les permitía seguir estudiando así que tuvo que empezar a generar ideas para retenerlos.

Una de estas ideas fue una política adelantada en el Centro Cultural que les dio la oportunidad de financiar algunas becas a los estudiantes cuyo promedio estuviera sobre 4.5, esto ayudó a muchas personas que en ese momento ya no tenían forma de sostenerse y gracias a eso pudieron continuar con su estudio.

La segunda idea que ejecutó para aumentar el número de estudiantes fue generar todo un programa nuevo para el técnico en danza, pero de manera semipresencial, en el que convocaron muchas personas y en el que se les dio la oportunidad de estudiar a gente de todo el país. En ese momento comenzó a llegar gente del Putumayo, San Andrés, Caquetá, Boyacá, Santander o Medellín que aprovecharon la pandemia y los beneficios económicos del programa para poder estudiar.

Uno de los proyectos que fue más difícil de mantener fue el grupo de la Universidad Nacional porque, según Jose: “Muchos chicos que eran de las regiones, decidieron irse para sus casas y en muchos de estos lugares la conectividad no era para nada buena y ya con las clases virtuales de su carrera el agotamiento era mucho entonces lo único que se pudo trabajar fue el contenido audiovisual, es decir pequeñas secuencias o coreografías que cada uno ejecutaba solo y grababa en video para poder mostrar a los demás”.

Otra de las dificultades del grupo de la Universidad era que muchos festivales, encuentros o presentaciones habían sido canceladas y no tenían muchas opciones de mostrar su trabajo. Uno de los pocos eventos en los que pudieron participar fue el ASCUN, un festival de danza cuyas participantes son las universidades de Colombia. Su participación en estos espacios que en una situación normal les permitía ir a algún lugar de Colombia y vivir una experiencia de varios días ahora se reducía a 4 minutos en un video.

Hubo también algunos eventos virtuales similares y el tema virtual funcionó, pero según Jose no por mucho tiempo porque la danza era un escape para muchos y muchas veces también abrumaba a las personas al ser virtual porque se convertía en una reunión más y más horas amarrado a un computador.

Luego de esos tiempos tan difíciles para los bailarines se comenzó a creer en la idea de volver a hacer danza de forma presencial porque poco a poco los casos positivos y las muertes empezaron a disminuir y había una pequeña esperanza de volver a los escenarios, según Jose esto le generó a las personas demasiadas expectativas porque todos, incluido él estaba muy agotados mentalmente debido a la virtualidad.

Jose tomó esto como algo muy bueno porque las personas llegaron con nueva energía y la idea de valorar lo que habíamos perdido. “Yo lo vi muy positivo, eso ayudó a renovar muchas cosas como la conciencia y la valoración de la danza en muchos aspectos”.

Luego de un gran esfuerzo mental por mantenerse de pie en la pandemia Jose logró verla como un proceso difícil y doloroso que tuvo que vivir, pero que también fue un espacio que sirvió para crecer y analizar. “Eso me hizo darme cuenta de muchas búsquedas que siempre había tenido en mí y que me hacían pensar en lo que significa la danza para mí, en lo que es y cómo quiero vivirla por vivirla y no solo por bailar”.

Se le ve emotivo al hablar de esto, las experiencias duras y el dolor que genera ver morir a las personas y ver cómo se pierde la esperanza en los que lo rodean es algo que marca el corazón de la gente y él no es la excepción. “Yo hablo de la pandemia diciendo que tanto para el sector como para mí fue algo muy fuerte,

pero sirvió para algo, para hacer un alto en el camino y para pensar en cosas que no teníamos claras y que ahora son el pilar de lo que hacemos”.

Siente que todo el proceso de pasar por algo tan complicado como una pandemia le generó muchos aprendizajes y cuando le pido que me cuente su logro más grande solo dice: “Es muy difícil enfocar una sola cosa porque lo que hemos tenido que vivir es demasiado pero no es algo a lo que no estemos acostumbrados, cuando se es bailarín o artista en general es el día a día tener que ser optimista”.

Pero sin duda una de las mejores experiencias que le deja la pandemia y sobre la que habla emocionado es la oportunidad de poder ver la danza desde la academia, lograr hacer un aporte para la educación de quienes se dedican a hacer danza y todo lo que esto implica.

Esta experiencia se la dio el técnico en danza porque le permitió transmitir todo lo social y cultural que implica el baile a sus estudiantes. “Este técnico en danza es un aporte bien importante para los territorios, para esas personas que son directores, pedagogos y directores que trabajan en diferentes rincones del país y les sirve para cambiar sus realidades”.

El profe es un hombre apasionado, perfeccionista y muy curioso, de ahí que sus entrevistas fueran toda una experiencia, había que correr, grabar de noche, hablar y ser interrumpidos y muchas otras cosas que suceden cuando alguien que nunca se queda quieto decide tomarse un momento.

Además de todo lo que hace tiene tiempo para un hobby, aunque vive muy ocupado y a duras penas come y duerme logra sacar tiempo para estudiar piano. Ni él mismo entiende bien en qué momento, si hasta sus fines de semana están llenos de talleres y concursos. “Siempre quise incursionar en la música, pero nunca me

había quedado tiempo, es una de las cosas que podría decir que puedo rescatar de la pandemia”.

Siente que la pandemia como a todos le cambió la forma de pensar, vio morir personas cercanas y otras casi hacerlo por el hambre y la falta de empleo de la que fueron víctimas muchas personas del gremio. Pero a pesar de los momentos tan difíciles su capacidad de crear y de imaginar sigue intacta e incluso mejoró porque tomó la decisión de hacer de todo lo malo algo bueno para él.

Jose ha vivido casi de todo gracias a la danza y se le ve totalmente agradecido por lo mismo, siempre que habla de danza se emociona, se siente la pasión por lo que hace y aunque es una persona tímida se siente pleno y confiado cuando es la danza el tema de conversación. “Para mí la danza es algo muy grande, tiene que ser reconocida más allá de lo que se vende, la gente tiene que saber lo importante que es para cambiar la vida de las personas y eso es lo que yo hago”.

Su amor por el trabajo que hace es más que obvio, lo notan sus alumnos, su familia, no hace falta conocerlo mucho tiempo para ver que de verdad tomó la decisión de entregarse a al arte como un regalo que Dios le dio. “Más allá de lo que se puede hablar, el discurso más claro es el que se hace con el cuerpo, cuando se baila es cuando realmente se logra contar algo, y yo creo en eso, en la valoración, la fe y la importancia de la danza, esa es mi búsqueda personal de toda la vida, convencer gente de que esto vale la pena y que ni una pandemia me pudo quitar el rigor con mis alumnos ni conmigo mismo”.

6. Un escenario a la vez

Un talento es un exceso de disciplina con una buena dosis de amor. Esto representa el caso de Mónica Mercado, uno de los exponentes en danza folclórica más reconocidos en Cundinamarca y en todo Colombia. Una mujer que forjó su talento como quien pule la arcilla, con el cuidado y la disciplina más admirable. Esta mujer que ha hecho aplaudir de pie a muchos auditorios cuenta su historia de esfuerzo y dedicación para conquistar todos los lugares en los que Dios la ha puesto a bailar, entendiendo que desde hace cuarenta años cada etapa de su vida es como un escenario.

El primer escenario

Mónica nació en Cartagena el 12 de septiembre, el año no es importante y por eso me dice: “mejor eso no me lo preguntes”. Lo dice con amabilidad, pero con firmeza, es una mujer llena de ambas. Toda su vida la ha llamado la costa, es algo que jala cuando uno quiere sentirse en casa y que lo hace volver, tal vez por el mar, la familia de su padre o las experiencias que allí vivió.

Siempre fue una niña muy feliz y en su colegio tenía una profesora con la que practicaba algo de danza española, no tuvo más experiencia en el baile hasta mucho después, cuenta sus historias con paciencia, es una mujer delgada y tranquila, que habla de forma relajada y pausada mientras cuenta que muy pequeña tuvo que salir de Cartagena y vivir en Bogotá, aunque iba de paseo a la costa porque siempre la extrañaba.

Desde muy niña, su familia infundió en ella el arte, su padre era músico, aunque se había dedicado a otra cosa estudió música en el conservatorio de Cartagena, él quería que ella estudiara lo mismo que él y su mamá quería que

estudiara danza entonces en su caso el apoyo fue toda la vida del cien por ciento. “El apoyo de mi mamá ha sido tan grande que es ella la que confeccionó todos los trajes de la compañía y hoy a sus ochenta y cuatro años lo sigue haciendo porque ella está enterita”.

Cuando entró a la universidad, se encontró con un maestro llamado Winston Guerrido, quien, según ella, le abrió la vista a todo el mundo de la danza folclórica y logró que a sus 20 o 22 años se enamorara del arte.

Este profesor bailaba con la gran maestra Delia Zapata Olivella, sin duda una de las mujeres más importantes en la historia del folclore del país. Mónica estaba estudiando publicidad y mercadeo en la Universidad Jorge Tadeo Lozano cuando el profesor Winston decidió llevarlas a ella y a algunas compañeras más a bailar con esa compañía.

Fue ahí cuando comenzó la danza para Mónica. Cada día se sentía mejor y obviamente poco a poco fue mejorando su técnica y ejecución. Ensayar y las clases al mismo tiempo no eran algo fácil, pero logró sacar adelante su carrera mientras se volvía una de las mejores bailarinas. Cuando terminó su carrera de publicidad la aplicó durante cuatro o cinco años hasta que un día la danza la llamó.

En ese momento su padre tristemente ya había fallecido y tuvo que contarle a su madre que quería dejar su profesión y dedicarse a la danza, ella no dudó en apoyarla. Así fue como la vida la llevó a su segundo escenario.

El escenario que la vio crecer

En ese momento, y mientras Mónica seguía bailando como hobby, el director del grupo de danzas de la Universidad Jorge Tadeo Lozano se tuvo que retirar y alguien pensó en ella como la nueva directora, no tenía ninguna experiencia en

pedagogía, pero era, sin duda, una de las mejores bailarinas así que decidieron darle una oportunidad.

Mónica aceptó con algo de miedo, pero con la seguridad de que su disciplina la haría lograrlo todo. Empezó a dirigir el grupo de esa universidad y luego pasó a otros grupos de otras universidades, este se volvió su campo. Fue directora del grupo de la Universidad de La Sabana, la Universidad Santo Tomás, el Politécnico Grancolombiano y otras más.

En ese momento comenzó a enseñar, pero también aprendió mucho, fue un proceso que según ella se dio demasiado rápido y que le exigió comenzar a estudiar y prepararse de manera empírica porque no había en dónde formarse, pero a pesar de eso fue un proceso muy gratificante en el que todos aprendieron al mismo tiempo.

Mónica como muchas personas enseñan de la forma en la que ella aprendió, entonces en ese momento lo que hizo fue mostrar el trabajo de la maestra Delia Zapata y luego ya empezó a hacer sus propias investigaciones y pesquisas, comenzó a hacer trabajo de campo sobre danzas del Magdalena y de Bolívar; su región, aprovechando su cercanía y la familia que allí tenía.

Así fue conociendo muchos lugares y danzas que antes eran desconocidas, compartió con grandes maestros con los que dialogaban, indagaban, debatían y compartían sus trabajos, cada día tenía más y mejores amigos dentro del gremio y fue así como también se hizo más grande su experiencia.

Mónica recuerda la forma en la que investigaban en las regiones, “primero indagamos de qué lugar era la danza, si teníamos acceso al sitio íbamos allá y hablábamos con la gente que inicialmente había bailado esa danza, o charlamos con la gente de la región para saber cómo había comenzado, cuándo o por qué se

hacía cada cosa y todo lo que se necesita para el montaje de una danza, los pasos básicos, si era de laboreo o de carácter festivo”.

Por ejemplo, cuando hizo una investigación sobre la danza del caimán estuvo en Ciénaga Magdalena compartiendo las fiestas del pueblo, pasaron tiempo con ellos, se hicieron todas las preguntas que haría un niño cuando está aprendiendo de la vida porque de eso se trata, de aprender y entender la vida y la cultura desde los ojos de alguien más.

Todas estas experiencias hicieron que Mónica se enamorara del folclore de Colombia y de todas sus regiones. “Yo creo que el camino me llevó, la vida me fue llevando y cuando conocí el folclore en la universidad fue un amor a primera vista que me agarró y no me ha soltado hasta hoy y no me ha llamado siquiera un poco la atención otra cosa”.

Colombia tiene una variedad de danzas y culturas tan grande que permite conocer mil cosas diferentes con tan solo avanzar unos kilómetros de un lado a otro. Cruzando un pueblo es posible encontrar culturas y tradiciones completamente diferentes.

Por esta razón para Mónica es vital que sus bailarines siempre sepan todo lo que van a bailar, ¿De dónde viene?, ¿Cuál es su origen? y ¿Por qué razón se hace?. Esto es igual de importante que la técnica para la ejecución y una buena puesta en escena. Primero se investiga y segundo se hace todo el proceso técnico y corporal que implica una danza para hacer el montaje final.

La investigación es una de las herramientas que le permitió a Mónica conocer el país, crear coreografías, aprender a enseñar, crear grandes propuestas artísticas, ganar experiencia, bailar por Colombia y así encontrar su siguiente escenario.

Un escenario que redirigió su vida: Cartagena de Indias, 1986

Hay momentos en los que logramos ver con claridad lo que queremos, no son muy comunes, pero pasan y a Mónica le sucedió en el año 1986 cuando se dedicaba a bailar en la compañía de Delia Zapata.

En ese año el papa Juan Pablo II vino a Colombia, para su bienvenida era necesario organizar un gran espectáculo. En ese momento se decidió que la persona indicada para hacer un show de este nivel era la maestra Delia Zapata y su compañía.

En ese momento se hizo un montaje y la selección de los bailarines para participar en este y gracias a su disciplina Mónica fue una de las elegidas y pudo bailar para él. “Eso es una emoción que uno no puede ni explicar, él estaba sentado allá en un sitio bastante apartado y nosotros pensamos que iba a bajar a mirarnos y desde allá nos iba a dar la bendición, pero no, el bajó y pasó bailarín por bailarín, nos puso la mano en la cabeza y nos dio la bendición”.

Recibir la bendición del papa fue algo tan impactante para Mónica que según ella fue eso lo que la hizo entender que debía dedicarse únicamente a la danza y es por eso que decidió hacerlo hasta el día de hoy. “Siento que esa bendición fue como: siga haciendo lo que está haciendo que por ese camino va bien, entonces fue algo muy emocionante”.

Junto a ella todos los bailarines tenían una sonrisa enorme y estaban llorando, según ella todo se detenía a su alrededor, todo el mundo estaba en shock y fue un momento casi sublime para cada uno de ellos. “Yo no sabía qué pasaba, pero fue muy lindo, él estaba vestido de blanco, con esas luces majestuosas que ponían en ese escenario. Entonces sí, esa fue una de mis primeras experiencias bailando, fue en el barrio Chambacú de Cartagena”. Actualmente en ese lugar existe

un edificio nuevo, pero en ese año era un terreno baldío en el que se construyó una tarima gigante para presentar este gran espectáculo.

Mónica confirmó su vocación en ese momento y decidió que seguiría bailando hasta que Dios se lo permitiera y entre las lágrimas y la emoción hizo una promesa con Dios, con su madre y con ella misma. La danza iba a ser siempre su proyecto de vida.

Su escenario, su Herencia

Cuando Mónica estaba trabajando en las universidades sintió que debía darle continuidad a todo ese legado y trabajo que ya había hecho por eso decidió crear la compañía que hasta hoy es el centro de su enseñanza: La compañía nacional de danza folclórica *Herencia Viva*.

Herencia es la hija y el mayor proyecto de Mónica. Fue creada hace veintisiete años y le ha traído las mejores experiencias dentro del mundo de la danza, le permitió establecer su forma de enseñanza, conocer y formar grandes bailarines, viajar por el mundo y disfrutar de su vida como bailarina y como directora.

En la compañía crearon cuatro categorías con grupos de veinte o veinticinco personas, el grupo infantil, grupo escuela, grupo base y un grupo de mayores. Todos ellos ensayan varias veces a la semana y hacen parte del proceso de formación creado por Mónica desde hace años. Ha logrado entrenar a muchas personas y como si no le pasara el tiempo sigue haciendo pasos, explicando posturas, montando coreografías y perfeccionando técnicas con la lucidez de cuando tenía veinte.

Según Jenny, una de sus bailarinas, aunque no conoció a Mónica en sus años más brillantes es admirable ver que a pesar del paso del tiempo hace casi todos los pasos, repasa todas las coreografías, mantiene su forma, su memoria y técnica y además la enseña con una paciencia y una dedicación que casi nadie tiene. “Sus clases son muy estructuradas, siempre tiene claro lo que quiere hacer y cómo hacerlo. Su calentamiento siempre se hace en dos filas diagonales, algo muy tradicional de su escuela, con una serie de pasos rítmicos en tiempos y contratiempos para meter al bailarín en la complejidad de la coordinación y la lateralidad al mismo tiempo”.

Luego de eso pasa al desarrollo de una danza. Si es algo nuevo ella empieza a explicar el origen y toda la investigación previa que necesitan los bailarines. Luego explica los pasos de la danza, las figuras y empieza a repasar con música y arma diferentes grupos de personas para que cada grupo repita la coreografía, luego va perfeccionando técnicas y pasos a cada persona de forma estricta y minuciosa.

Según sus bailarines es muy interesante y cautivadora la forma en la que la maestra Mónica trabaja a los bailarines porque tiene un dominio técnico casi imposible de alcanzar y un bagaje de repertorio de lo que es la danza folclórica no solo en Colombia sino a nivel internacional.

Alguno de ellos dice que han llegado a tener veinte danzas completas en seis meses y eso es una intensidad bastante importante porque son más de treinta horas al mes que se ven representadas en la excelencia de cada uno de sus montajes.

Ver a esta mujer delgada, esbelta, de cabello corto y muy crespo parada frente a más de 20 niños y jóvenes explicando con maestría y corrigiendo con autoridad de coronel es algo bastante admirable, la fuerza de sus movimientos y la potencia de su voz han disminuido por el paso del tiempo pero su temple y su

capacidad de perfeccionarlo todo siguen intactas. Su bailarines la ven con extremo respeto, asintiendo y acomodándose rápidamente a sus instrucciones.

Otro de los aspectos que caracterizan las clases de Mónica es que siempre pone a prueba a sus estudiantes, los cambia de lugar, les pide que hagan las coreografías en todos los puestos, pone a los hombres o a las mujeres a repetir secuencias solos y cambia de lugares para fortalecer la seguridad de cada uno y no depender del compañero para hacer un buen trabajo. Ese es uno de los escenarios en lo que es más impactante verla.

Un escenario en el que el mundo se le detuvo por segunda vez

Hace algunos años Mónica recibió otra oportunidad muy grande, ella no entendía cómo había pasado, pero dice que esto le hizo darse cuenta que los caminos de Dios son tan perfectos que muchas veces son imposibles de entender.

Era el año 2017 cuando Colombia se enteraba de la visita del papa Francisco a cuatro ciudades del país. Mónica ilumina su mirada, se acomoda y casi suspirando empieza contar: “La historia es muy emocionante, cuando yo supe que iba a venir dije: ay Dios mío yo cómo hago para presentarme para él, aunque era mi mayor deseo yo dije pues ni modo porque no tengo a nadie que me contacte y lo dejé así. Días después un amigo la llamó de Cali y le dijo: Mónica voy a presentarme para el papa y necesito que me prestes unas camisas blancas porque mis alumnos no tienen, hoy yo viajo para Bogotá y mañana me presento para él. Yo por supuesto le dije que sí, ven por las camisas y yo te las presto”.

Su cara es la de un niño que cuenta una gran historia, su fe y su emoción dejan ver el amor por lo que hace y la ilusión que esto le genera. Cuando el amigo de Mónica estaba en Bogotá se comunicó con ella y le dijo que ya no necesitaba las

camisas, que lo que necesitaba eran ocho parejas que bailaran para el papa al otro día con él porque una ministra, no recuerda bien cuál, había visto el show y dijo que era muy poquito y que tenía que llevar algo más. Mónica estaba en shock, no lo podía creer, pero de forma instantánea respondió que sí, que ella como sea las iba a conseguir.

En ese momento colgaron la llamada y unos minutos después su amigo la volvió a llamar y le dijo: “No Mónica, ahora no son 8, son 16 parejas”. En ese momento se quedó fría y comenzó a llamar a absolutamente todos los bailarines que tenía en sus grupos, al principio creyó que no lo iba a conseguir, porque eran 32 bailarines que pudieran ensayar y memorizar todo en una noche y que llegaran a ensayar en menos de 4 horas.

Según ella cuando las personas escuchaban que era para el papa de una vez decían que sí y ahí fue cuando ella comenzó a tener fe en que lo iba a lograr, iba a bailar para el papa por segunda vez en la vida. “Ese día todo el mundo parecía loco, todos llamaban a los jefes, corrían de los trabajos, todos pedían permisos y solucionaban mil problemas porque sabían que era una oportunidad única en la vida y menos mal todos los jefes dijeron que sí”.

Luego de la locura de conseguir los bailarines venía algo peor que era organizar la coreografía para el día siguiente para el que faltaban menos de ocho horas. Esa noche anterior los dos grupos se reunieron en el lugar en el que Mónica ensayaba y montaron algo muy elaborado. Estuvieron muchas horas ensayando, primero unieron las coreografías con lo que el maestro de Cali ya traía montado, luego empezaron a enviar los documentos de todos los bailarines para los registros de seguridad y después se encargaron de enseñarle a los bailarines de Mónica la coreografía para luego perfeccionar todo. “Por eso te digo que son cosas milagrosas

porque si esto no es un milagro yo no sé qué es. Solo desearlo con mucha fe y lograr estar ahí es algo muy bonito”.

La fe de Mónica la había llevado a una oportunidad que jamás había imaginado. Al otro día estuvieron listos con todo el equipo en el estadio el Campín a las ocho de la mañana, les revisaron los documentos, el pasado judicial, las maletas y los trajes y los enviaron en buses vigilados para el aeropuerto el Dorado, el lugar en el que se iba a dar la bienvenida a Francisco. “La verdad uno ni baila, uno solo lo mira a él embobado y de resto todo le sale mecánico, es algo que yo ni siquiera entiendo todavía”.

Cuando llegaron al aeropuerto toda la seguridad fue enorme, les volvieron a revisar todo, el vestuario, el maquillaje y todo lo que llevaban y los llevaron a unas carpas gigantes desde muy temprano, les dieron desayuno, almuerzo y luego fue la presentación como a las tres de la tarde. “Ellos se encargaron de toda la alimentación de las personas que llevaron porque no éramos solo nosotros, íbamos con la Orquesta Filarmónica de Bogotá y otro grupo de danzas de niños”.

Después de la presentación la logística continuaba, los llevaron de nuevo a las carpas, les dieron la comida y los dirigieron a los buses. Al final de todo Mónica regresó a su casa como a las siete de la noche. “Yo llegué y todavía no podía creer que era lo que había pasado, solo pude pensar, esto es un milagro. ¡Gracias Dios! porque yo no entendía cómo eso me había pasado, yo no tenía ni los contactos ni nada que me hubiera podido meter allí para bailar, pero por las camisas llegué allá, porque Dios así lo quiso. Dos veces y para dos papas diferentes yo creo que es porque Dios quiere que yo siga bailando por el resto de la vida”.

Cuando la casa fue el único escenario

Cuando en el año 2020 comenzó la pandemia Mónica y su compañía estaban a la expectativa porque pensaban, como muchos, que la situación era temporal y que pronto volverían a encontrarse. Luego de dos meses en los que la situación no mejoraba y siendo conscientes de que necesitaban seguir moviéndose empezaron clases virtuales.

Iniciaron haciendo clases los mismos días que ensayaban, con todos los grupos de trabajo, pero a muchos por la conexión no les quedaba muy fácil estar en las clases, entonces Mónica vio que cada grupo se redujo a menos de la mitad así que los juntaron e hicieron clases unificadas. Al principio fue caótico porque ella no sabía nada de tecnología, ni de las herramientas que se necesitaban para dar las clases, pero poco a poco sus estudiantes le fueron enseñando y se vio forzada a aprender algo a lo que no le prestaba atención antes.

Según ella las clases virtuales fueron buenas para fortalecer temas de técnica y le ayudaban a ella a sostenerse y sostener la compañía. Todos seguían pagando la mensualidad, no igual que antes, pero si algo que le ayudara para costear lo necesario.

Así continuaron durante la mitad del 2020, en algún momento cerca de agosto se les permitió juntarse para hacer un montaje para una convocatoria del Instituto Departamental de las Artes (IDARTES) con un grupo pequeño, prepararon todo para el concurso y lo ganaron y eso le permitió a Mónica una entrada que la ayudó a sobrevivir. Luego de eso los casos aumentaron y todo el mundo volvió a las medidas estrictas y a los encierros permanentes.

Casi al final del año 2020 el salón en el que ensayaban fue aprobado por la secretaría y pudieron comenzar con la alternancia el 2021, todo fue de manera

progresiva, pero seguían existiendo momentos muy críticos en los que los estudiantes no llegaban. el dinero no alcanzaba, la incertidumbre era demasiada y las cosas parecían no mejorar.

Según Mónica hay momentos de mucha frustración en los que uno se cuestiona si seguir o hacer las cosas diferentes. Pero su resiliencia no le permitía dejar a su madre sola ni dejar que su compañía se hundiera. “Muchas veces se nos iba el internet, los estudiantes no entendían las clases, se aburrían porque llevaban todo el día conectados y ya no querían más, yo solo podía seguir inventando cosas para fortalecerlos como personas y como grupo”.

La situación económica tampoco era la mejor y Mónica tuvo que empezar a buscar otro sustento, buscaba empresas que necesitaran asesorías para eventos, o para presentaciones corporativas y la otra opción eran las convocatorias del estado que, aunque no era muchas ni suficientes pudieron ayudarla en un momento demasiado duro.

Casi todos sus bailarines sobrevivieron porque tenían otras profesiones, esto porque los que se dedican únicamente a la danza no tenían casi ninguna posibilidad de trabajo. En su compañía según ella hay dos perfiles: El graduado de otra cosa que baila solo por gusto y hobby y el estudiante de danza.

Del manejo de la virtualidad tuvo que aprender, tratando de ver el lado positivo dice que la situación la unió con sus alumnos y los fortaleció mucho de manera individual como bailarines, algo que no había podido hacer en la presencialidad porque eran muchos y el hecho de acortar distancias y poder reunirse con cada uno de manera personalizada fue algo muy bueno.

Cuando los casos disminuyeron y la situación se normalizó un poco empezaron a reabrir la industria del espectáculo porque muchas personas lo

necesitaban ya que estaban hace casi dos años sin empleo ni forma de sostenimiento. Empezaron poco a poco y con muchos protocolos de bioseguridad las semanas culturales, los eventos y los concursos como el que se realiza en Nemocón y que es muy conocido en el país, las cosas iban lento, pero por lo menos ya tenían algo de esperanza.

Cada vez que Mónica les nombraba a sus estudiantes algo relacionado con salir o volver a un escenario era algo difícil de explicar, después de tanto tiempo sin bailar tener la oportunidad de volver a soñar con un escenario y bailar es algo bastante grande. “Yo pienso que bailar es algo que llena la vida totalmente así sea una función, media o cinco minutos, eso prende las almas y hace que un bailarín vuelva a suspirar”.

No puede evitar sonreír al decir esto, su gran sonrisa resalta sobre la piel morena propia de su costa, tan llena de historia y folclore y de la que siente totalmente orgullosa.

Una de las experiencias que Mónica más recuerda fue en Mosquera Cundinamarca, porque llevaban bastante tiempo sin bailar y estaban muy emocionados, pero al momento de la presentación se dieron cuenta que iban a bailar sin público. “Yo pensé que los bailarines iban a estar muy desmotivados y que iba a ser algo muy frío y sin ganas porque no había nadie que los viera, pero los nombraron y ellos salieron a escena con la felicidad y el ánimo tan altos y con tanta pasión como si el escenario estuviera totalmente lleno”.

Mónica lleva muchos, ni ella sabe bien cuántos años dedicada a la danza, la respeta, la dignifica y la ha enseñado con valores a varias generaciones, ha inspirado a muchas personas del gremio a continuar, a aprender y a tener una disciplina inquebrantable.

Muchas personas admiran su trabajo, pero muchas más la admiran como persona porque desde que se levanta hasta que se acuesta no deja de trabajar y de entregar su vida por el bien de los demás.

Durante toda su vida ella se transformó, mejoró y aprendió a valorar lo que hacía aún más, sus clases, su madre, su tiempo y sus estudiantes. Nunca perdió la fe y se mantuvo según ella pegada a Dios, para siempre salir adelante en un gremio tan hermoso, pero tan difícil como la danza. A pesar de todo se mantuvo de pie y no lo hizo sola sino con su familia y con su compañía, porque con su arduo trabajo logró ver lo mejor y resistir cada uno de los escenarios en los que Dios la hizo bailar y le detuvo el mundo.

7. Agradecimientos

A Dios y María Auxiliadora por darme el regalo de la danza. A la pequeña niña que fui y que me ha traído de la mano hasta aquí hoy. A cada artista que me permitió mirar su historia desde mis ojos. Asimismo, a cada maestro que pasó por mi camino a lo largo de la vida por darme las bases como periodista, como comunicadora, como bailarina y como persona. A Mauricio Díaz por acompañar mi proyecto con paciencia y dedicación.

Gracias a Manuel Mora por darme la pasión por el arte y enseñarme desde el cielo la verdadera grandeza de una persona. A mi madre, Claudia Mora, que me ha sostenido y defendido desde antes de nacer, por darme valor para enfrentar el miedo entendiendo que mi mayor proyecto es ser una buena persona. A mi hermana, que estuvo ahí cuando nadie estuvo y ha sido mi mayor cómplice durante toda mi vida. A Felipe por creer en mí más que yo misma, aun cuando yo ya había perdido la esperanza.

8. Referencias

- Alcaldía Distrital de Santa Marta.* (2020). From <https://www.santamarta.gov.co/sala-prensa/noticias/distrito-realiza-censo-de-artistas-y-ges>
- Cantavella, J. (1996). *Manual de la entrevista periodística.* Barcelona, España: Editorial Ariel S.A. .
- Ciencias, P. C. ((s.f.)). *Patronato Colombiano de Artes y Ciencias.* From Patronato Colombiano de Artes y Ciencias: <https://patronatocolombiano.com/junta-nacional-del-folclor/>
- Díaz, J. (2000). Las raíces de los géneros periodísticos interpretativos: precedentes históricos formales del reportaje y la entrevista . *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 135-152.
- Guerriero, L. (2014). *La lección de Homero.* Anagrama.
- Halperín, J. (1995). *La entrevista periodística .* Aguilar .
- Instituto Distrital de las Artes - Idartes.* ((s.f.)). From <https://www.idartes.gov.co/es/areas-artisticas/danza/quienes-somos>
- Mesa, R. Y. (2003). La noticia y la entrevista. Una aproximación a su concepto y estructura. *Ámbitos*, 239-272.
- Morales, J. ((s.f.)). *Sitio web Patronato Colombiano de Artes y Ciencias.* From <https://patronatocolombiano.com/junta-nacional-del-folclor/>
- Ochoa, C. D. (2011). *La entrevista periodística: ¿Género o Herramienta? .* Santiago de Compostella, España : UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA
- Pogrebinschi, Thamy. (2017). *LATINNO Dataset.* From <https://latinno.net/es/case/5050/>
- Rosendo, B. (1997). *El perfil como género periodístico.* From <https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/8672/1/20091106225918.pdf>

Sitio Web de Alcaldía Distrital de Santa Marta. (2020). From Alcaldía Distrital de Santa Marta: <https://www.santamarta.gov.co/sala-prensa/noticias/distrito-realiza-censo-de-artistas-y-ges>